

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

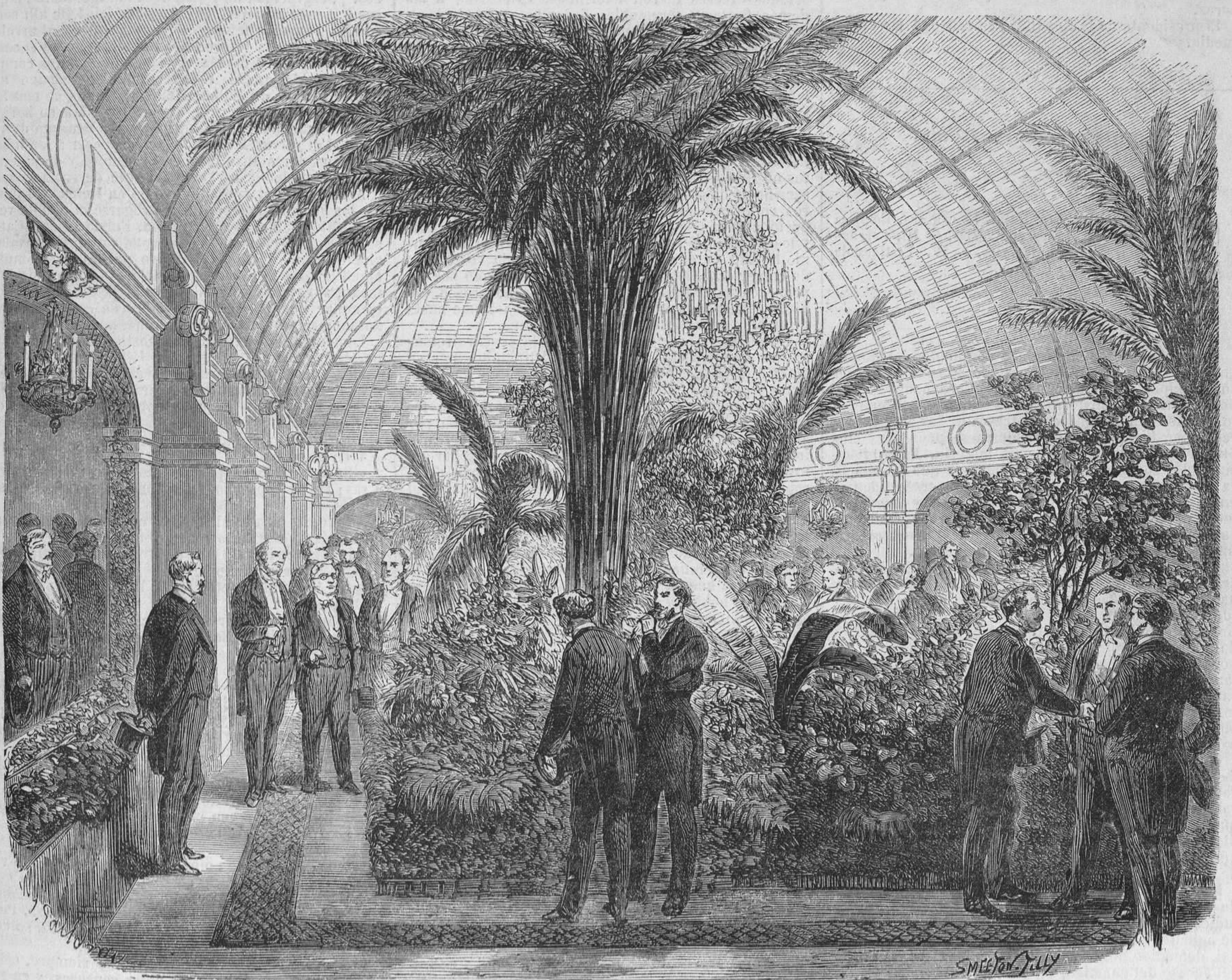


1873. — TOMO XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 32. — Nº 1,046.



RECEPCION DEL 4 DE ENERO EN LA PREFECTURA DEL SENA. — El Jardin de invierno.

SUMARIO.

Visita de M. Thiers al prefecto del Sena: grabado. — La glotonería en Roma. — El casamiento del emperador de la China: grabado. — El Gran canal de Gante: grabado. — Revista de París. — La dama de Lyon, ú orgullo y amor. — Tipos y fisonomías de Londres: grabado. — Insurrección carlista en España: grabado. — La Armenta y la Persia. — Círculo militar en Burdeos: grabados. — La Torre Nueva de Zaragoza: grabado. — Memorias de un criado. — Bellas Artes: Grupo del pabellón de Flora, esculpido por M. Carpeaux: grabado.

Visita de M. Thiers al prefecto del Sena.

El sábado, 4 de enero, M. Thiers ha estado convidado en el Luxemburgo, habitado por M. Calmon, prefecto del Sena.

Los salones se habían adornado con el mejor gusto. Por todas partes se veían flores y plantas exóticas procedentes de los invernáculos de la ciudad.

Después de la comida, que contó treinta y cuatro cubiertos, los convidados se pasearon en los salones donde se hallaban reunidas las personas invitadas á la soirée. A eso de las diez el presidente de la República, con un numeroso séquito, bajó al hermoso invernáculo del palacio. En una sala que precede al invernáculo estaban los músicos de la guardia republicana que ejecutaron con su reconocido talento las piezas mas brillantes de su repertorio.

Entre las personas que circulaban en los salones de M. Calmon, se contaban los alcaldes y adjuntos de París, los miembros del consejo general y del consejo municipal, unos veinte diputados, los embajadores japoneses, algunos personajes oficiales y muchos altos funcionarios de los ministerios y de las dos prefecturas.

El presidente de la República se retiró á las diez y media.

La glotonería en Roma.

I. Frugalidad primitiva. Las fiestas. La censura. Empieza la corrupción. — II. Leyes suntuarias. — III. Corrupción completa. Glotonías famosas. — IV. Festines de los romanos. — V. Los Césares.

I.

El pueblo romano, vencedor y dominador del mundo antiguo, fué el mas frugal y rígido de costumbres en su principio y el mas gloton y desordenado en sus postrimerias. La historia de este cambio tan completo, penosamente realizado al través de los siglos, merece bien llenar algunos volúmenes, pues para ello presta variada y abundantísima materia. Es la historia de los conquistadores del mundo la que se encierra en un asunto, al parecer trivial, pero trascendental en sumo grado, si se examina detenida y filosóficamente, y trabajo cuesta, si no ha de perder mucha de su amenidad é importancia, reducirlo á los estrechos límites que al tratarlo nos hemos impuesto.

No nos detendremos, al empezar, haciendo la descripción y el elogio de la primitiva frugalidad de la naciente Roma. Todo el mundo conoce la austera virtud de aquellos hombres que se trasformaron repentinamente de pastores trashumantes en ciudadanos, y de foragidos en heroes, y no hay quien ignore que las pocas leyes establecidas por Rómulo y Numa, fueron tan severas y al mismo tiempo tan dignas, que durante muchos años alejaron de Roma la corrupción inseparable de los imperios prósperos, acumulando allí un caudal de virtudes cívicas y particulares que parecía inagotable.

Ceres proveía abundante á las escasas necesidades de los hijos de Roma, y durante años y aun siglos estuvo muy lejos de encontrarse entre aquellos admirables guerreros, que lo mismo manejaban el arado que la espada y lo mismo sembraban sus campos que discutían en la plaza pública los asuntos patrios, el germen de la corrupción que andando el tiempo había de concluir con la austeridad de sus descendientes.

Hay que remontarse al siglo cuarto de la fundación de la gran ciudad para encontrar algun sospechoso indicio, y todavía no se ve mas que la mano previsora de aquellos hombres, que, como dice muy bien Juvenal, defendían desde las fuertes murallas á su patria del acceso del enemigo, y á sus hogueras del acceso de los vicios. Así es que en el año 312 de Roma se estableció la censura, una de las instituciones que mas

contribuyeron á perpetuar la virtud romana; las funciones de los magistrados elevados á ese cargo se reducían á hacer el lustro y á vigilar las costumbres de los ciudadanos, evitando con notable rigor é inflexibilidad la menor relajación de la sencillez primitiva.

Quizá se deba á la excesiva devoción de aquel pueblo la introducción del funesto germen que había de socavar y destruir el fortísimo edificio de la frugalidad romana. En sus prosperidades como en sus tribulaciones, el pueblo romano acudía á dar ostentosamente las gracias á los dioses por la fortuna que á manos llenas le prodigaban, ó á implorar su auxilio para que cesasen las calamidades con que le afligían, y de aquí nació la institución de aquellas fiestas públicas, cuya dilapidación contrastaba notabilísimamente con la economía doméstica.

Poco á poco fueron instituyéndose las saturnales, las luperciales, las agonales, las bacanales, el lectisternio, las ferias latinas, los juegos romanos, plebeyos, apolinarios, megalésios, cereales y tantas otras ceremonias y regocijos públicos en que era general el despilfarro y en que cada vez fué en mayor aumento la licencia.

Sobre todo influyó desastrosamente en las costumbres la celebración del *lectisternio* (que proviene de *lectos sternere*, extender lechos), famosa fiesta instituida el año 355 de Roma á consecuencia de una terrible epidemia que diezmo la ciudad. Consistía en unos suntuosos banquetes que daban á las estatuas de los dioses, bajándolas de sus aras y colocándolas en lechos cubiertos de ricos tapices y muelles almohadones, al rededor de mesas opíparamente servidas. Había unos magistrados llamados *epulones*, creados expresamente para presidir estas fiestas y cuidar que nada faltase á los dioses en tan extraño banquete. Pero los ciudadanos á su vez hacían lo propio y mas á lo vivo, convidándose mutuamente durante los ocho días que duraba el lectisternio y pasándolos alegremente en festines mas positivos que los ofrecidos al inanimado Júpiter y á las frías imágenes de Juno y de Minerva. El lectisternio, segun Tito Livio, se celebró al principio solamente en épocas calamitosas, mas despues se hizo anual, teniendo lugar en los idus de Noviembre.

Estos excesos fueron haciéndose extensivos á las demás fiestas y ceremonias, á los funerales, bodas y nacimientos de los grandes, á la celebración de los triunfos obtenidos en la guerra y de los tratados de paz; mas á pesar suyo, continuaron todavía durante mucho tiempo presidiendo la comida de los mas opulentos patricios, como la de los mas infimos plebeyos, la sobriedad y la templanza.

Desgraciadamente, empezaba á inculcarse un peligroso virus y el germen de la corrupción á desarrollarse y á brotar, amenazando dar sus naturales frutos en tiempos mas ó menos lejanos. La carne de los sacrificios había de enseñar á los romanos los primeros rudimentos del arte de cocina, el vino de las libaciones había de despertar en ellos la intemperancia, y los lechos que á los dioses se ponían en el lectisternio habían de dar origen á la afeminada costumbre de comer echados, que adoptada al principio por los primeros magistrados y los hombres poderosos, se hizo despues general, conservándose en Roma hasta principios del siglo IV de la era cristiana.

Y aquí viene la época gloriosa de la censura romana, en que los ciudadanos más distinguidos por su amor á la patria, por su valor y pericia en los combates y por su sabiduría en el manejo de los asuntos públicos, elevados en alas de su popularidad á los principales puestos de la república, trabajaron por alejar de su país, además de otros muchos males cuya irrupción le amenazaba, el funesto de la glotonería é intemperancia. Gloriosa época para la historia de la república romana, que ilustraron con sus hechos el austero Fabricio y el severo Catón.

Terrible fué la lucha sostenida por una y otra parte; la oposición era fuerte, pero la corrupción avanzaba lenta y firmemente. M. Flavio distribuía carne al pueblo en los funerales de su madre (año 426); era la primera vez que se veía cosa semejante; hasta entonces no se había repartido mas que trigo, y esto por algun ambicioso opulento: no hay que decir que semejante liberalidad excitó la indignación de todos los patricios, abuelos de aquellos que mas tarde habían de repartir dinero. Este se reducía en aquella época á monedas de bronce y hierro, batidas las primeras desde el tiempo de Saturno, segun la fábula, y las segundas desde Servio Tulio, segun la historia; cuando aquellos romanos cogían plata al enemigo, la empleaban en adornar los caparzones de sus caballos y las cimbras de sus cascos, hasta que empezó á acuñarse moneda del argentino metal, lo cual, segun Plinio, sucedió en el año 483, y á propagarse su uso en la vida doméstica.

Hasta entonces los romanos usaron en sus comidas vajillas de barro ó de madera; pero poco á poco algunos patricios ricos empezaron á introducir lujosa variación en el servicio de sus mesas. Allí estaba, sin embargo, el ojo vigilante de los censores, que atajaban el desarrollo del lujo, con la ventajosa particularidad de que, al mismo tiempo que castigaban las faltas cometidas contra la rigidez de costumbres, daban el mas edificante ejemplo de austeridad y pobreza. ¿Qué había que reprochar á los Curios y Fabricios? ¿Qué á los Fabios y Salinator?

Fabricio, el noble vencedor de Pirro, denostado una

vez porque, siendo el primer romano, no tenía en su casa mas que platos de madera, contestó:

— Pero sé vencer en el campo á los que tienen vajilla de plata.

A nadie, pues, extrañó, muy al contrario, ver á Fabricio, siendo censor, condenar y arrojar del Senado á Cornelio Rufino, que había sido dos veces cónsul y dictador, porque tenía una vajilla de plata que pesaba un poco mas de diez libras.

Pero los romanos empezaron á conquistar la Sicilia, el Africa, la Grecia, el Asia, y de todos aquellos imperios poderosos que derrumbaron, y de todas aquellas ciudades opulentas que sometieron, tomaron el lujo, la desmoralización, la molición, todos los vicios. Cuando volvían á Roma las victoriosas legiones, invadían con ellas la ciudad copias, hasta exageradas, de las estragadas costumbres de los pueblos vencidos.

La toma de Siracusa es tenida, y así lo consideran Polibio, Tito Livio y Plutarco, como el principio de la introducción del lujo extranjero en Roma y de la degeneración de las sencillas costumbres primitivas. Plinio dice que la paz de Antíoco fué la primera etapa de la corrupción romana. Es, efectivamente, maravillosa y excede á todo cálculo la suma de las riquezas que fueron acumulándose en Roma; baste decir que en el triunfo de Paulo Emilio, vencedor de Perseo, rey de Macedonia, entraron en el tesoro de la república valores en metales preciosos, suficientes á mantener los ejércitos romanos desde entonces hasta el consulado de Hircio y de Pansa en 711 de Roma, es decir, ¡durante 124 años! Y esto no es nada para lo que el erario, los particulares, cónsules, generales, procónsules y gobernadores sacaron de las demás provincias, y sobre todo del Asia. Con tales alicientes, ¿qué podía hacerse esperar la corrupción?

¿A quién no contagiaba el contacto, y mas que el contacto, la dominación del Asia? Dígalo Alejandro, que pasado el Gránico daba tan sabia respuesta á la reina Ada, que le envió sus cocineros, y despues de un paseo por el Asia, entraba en Babilonia en medio de espantosas orgias, buscando la muerte en los brazos de Baco. Díganlo los heroicos y virtuosos pueblos de la Grecia primitiva, corrompidos y degradados despues hasta el último extremo por los aires asiáticos. ¡Desgraciada de Roma desde el momento en que sus legiones pusieron el pié en la Siria! De allí sacaron los romanos fabulosas riquezas; pero al arrebatarse los inmensos tesoros acumulados por los sucesores de Seleuco y demás descendientes de los compañeros de Alejandro, llevaron tambien consigo una fatal levadura de refinadísimos vicios. ¿Qué mas? El mismo Escipión Africano, que acompañó á su hermano en la campaña contra Antíoco, fué acusado de venalidad al volver á Roma, y su respuesta á los tribunos acusadores tuvo mas de arrogante y de patética que de satisfactoria y comprobante de su inocencia.

Así fué que el contagio cundió en Roma, y á pesar de los censores, empezó á entregarse el pueblo vencedor al desenfreno y á la orgía. Fulvio Flaco y Catón se mostraron en medio de aquella corruptora avalancha dignos hijos del primitivo pueblo de Rómulo; aquel llegó á condenar por vicioso á su propio hermano, y este adquirió durante toda su admirable y ejemplar vida el eterno renombre de *censor*, que por antonomasia le ha concedido unánime la posteridad.

Lamentándose Catón de las costumbres de su tiempo, exclamaba:

« Nuestros antecesores se presentaban en el foro » vestidos honestamente; compraban los caballos mas » caros que los cocineros, y entre aquellos romanos, » el que hacía versos y daba festines, era considerado » como un intrigante. »

Y en otro lugar:

« Se me reprocha porque me paso sin muchas cosas; yo os reprocho porque no sabeis pasaros sin » ellas. »

Admirado un dia al saber á qué precio compró un barbo cierto caballero romano, dijo:

« ¡Un pescado vale mas en Roma que un buey! »

¿Qué hubiera dicho si, resucitando mas tarde, leyera en Juvenal que otro barbo había costado seis mil sextercios?

Llegaron los censores hasta castigar á los caballeros que engordaban demasiado, con la pérdida de sus caballos y aun la de sus honores, degradándolos, segun se infiere de una invectiva de Catón contra un ciudadano obeso.

Vanos esfuerzos: Roma llegaba á la cumbre de su gloria, de su poder y su grandeza, y siguiendo la ley fatal é ineludible que arrastra por el mismo camino á todos los imperios, aspiraba tambien á llegar al apogeo de los vicios antes de empezar á decaer. ¡Llevaba ya de existencia el pueblo romano mas de 500 años, cinco siglos de continuas prosperidades, apenas interrumpidas por algun pasajero fracaso! Algo y mas que algo es esto en descargo del agotamiento de su proverbial virtud.

Y todavía hay que culpar á la devoción de los romanos del estrago de sus costumbres; todavía en esta época eran pocos los particulares que se abandonaban en sus casas á los excesos de la destemplanza. Pero en las fiestas y regocijos públicos llegaba ya á su colmo la intemperancia.

Los sacerdotes, privilegiados como siempre, estaban fuera del alcance de las notas censoras, y en sus festines, casi continuos, se entregaban desenfrenadamente á la gula. Macrobio nos ha conservado en sus

Saturnales la reseña de un festin, sacada del índice de L. Cecilio Metelo, soberano Pontífice que era á principios del siglo VI de Roma; habla el Pontífice, y dice así:

« El día 9 de las calendas de Setiembre, que fué cuando Léntulo tomó posesion del cargo de Flamin de Marte, se decoró su casa de la manera siguiente: colocáronse en la sala de los festines lechos de marfil, en los cuales estaban acostados los pontífices Q. Cátulo, M. Emilio Lepido, D. Silano, C. César, rey de los sacrificios, P. Escévola Sexto, Q. Cornelio, P. Volumnio, P. Albinovano y L. Julio César, augur, que hizo la ceremonia de la inauguracion de Léntulo; el tercer lecho estaba ocupado por Popilia, Perpennia, Licinia, y Arruntia, vírgenes vestales, por la flamina Publicia esposa de Léntulo, y su suegra Sempronía. Hé aquí en lo que consistía el festin: erizos de mar, ostras crudas hasta saciarse, mariscos (pelóridas y sphondylos), tordos de mar, espárragos, pollos cebados, pastel de ostras, otros mariscos (balanos, sphondylos y glycomaridas), ortigas de mar, papafigos, riñones de corzo y de jabali, volátiles cebados, pastel de pollos, mas papafigos, otros mariscos, (murices y púrpuras), teñillas de marrana, cabeza de jabali, pastel de pescados, idem de ubres de marrana, ánades, patos asados, liebres, aves asadas, cremas y panes picentinos. » ¡No en balde tenían los banquetes sacerdotales la fama de ser los mas refinados!

El ejemplo de los impecables ministros de los dioses no podía ser mas pernicioso; así que se introdujo en Roma, aunque ocultamente, la famosa secta de los bacanales. Los que ingresaban en esta sociedad tenían la obligacion de reunirse en ciertos dias, mezclándose ambos sexos, para entregarse á sus anchas á toda clase de licencias, de las que no era la gula la menor. Descubiertos y sorprendidos por los magistrados, fueron estos sectarios severamente castigados y arrojados, no solo de Roma, sino de otros puntos de Italia, adonde la secta habia extendido sus ramificaciones.

II.

Ya para entonces se habian publicado algunas de las famosas leyes suntuarias, que vinieron á caer mas tarde en tanto olvido y desuso, que desaparecieron de todos los códigos y recopilaciones de los legistas, habiendo que ir á buscar los únicos antecedentes que de ellas quedan, á modo de viejisimas curiosidades, en los amenos escritos de Aulo Gelio, Macrobio y otros filólogos.

La primera que se publicó fué la ley *Orchia De numero convivarum*, propuesta al pueblo en el año 570 por el tribuno C. Orchio. En ella, y segun indica su titulo, se limitaba el número de convidados que podian ir á cada festin, y se ordenaba que al comer y cenar estuviesen las puertas abiertas, á fin de que la mirada de los ciudadanos impusiera limites al lujo. Contra la infraccion de esta ley tronaba enérgicamente Caton en sus discursos. Varron, en cuya época hubiera sido ya inocente resucitar la ley *Orchia*, recomendaba una medida semejante á los gastrónomos, pero solamente como de comodidad y de buen gusto, diciendo en sus *Sátiras menippeas* que el número de asistentes á un banquete no debía ser menor que el de las Gracias, ni mayor que el de las Musas. Conocido es tambien el verso en que Horacio condena la abundancia de gente en las cenas; pero Varron y Horacio vivian ya en tiempo que no se limitaban estas cosas, sino por el criterio ó la conveniencia particular.

Poco debió conseguirse con la ley *Orchia*, porque bien pronto se hizo sentir la necesidad de otra mas explicita y concluyente. Al efecto, en el año 592 los cónsules C. Fannio y M. Mesala propusieron al Senado la llamada ley *Fannia Suntuaria*, ordenando que durante los juegos megalésios los ricos ciudadanos, que se invitaban recíprocamente á banquetes destinados á celebrar la fiesta, segun la antigua usanza, hicieran juramento ante los cónsules de no gastar en cada comida mas de 120 ases, sin comprender en ellos el importe de las legumbres, el pan y el vino, de no tomar ningun vino extranjero y de no poner en la mesa servicios de plata que pesaran mas de 100 libras. Aprobado y publicado este Senado-consulta, que apoyó elocuentemente L. Cincio Alimento, notable historiador y jurisconsulto de aquella época, el consul Fannio hizo mas: presentó al pueblo otra ley, que tambien fué aprobada, disponiendo que durante los juegos romanos, plebeyos, saturnales y otras fiestas, no se pudiese gastar al día mas de 100 ases; marcaba la ley además tres dias en cada mes en que podian gastarse 30 ases, reduciendo á dos ases el gasto de los demás dias del año. Contenía la ley *Fannia* otras particularidades, como la de prohibir que se sirvieran en los banquetes aves criadas fuera de casa, excepto una gallina cada vez, y segun Ateneo, permitía que al año se gastase una suma dada en carne curada al humo y en legumbres y hortalizas, prohibiendo al mismo tiempo gastar en comestibles extraños mas de dos y medio dracmas en cada banquete, y el que se reunieran en ellos mas de tres convidados fuera de la familia, ó á lo sumo cinco, y esto solo tres veces al mes.

Burlándose de esta ley, por lo inobservada que era en su tiempo, exclamaba el satirico Lucilio: « ¡Los miserables cien ases de Fannio!... » Sin embargo,

cuando se promulgó fué bien recibida y bien observada, si advertimos lo que acerca de ella dijo, aunque mucho despues, Samónico Sereno, y copió Macrobio: « La ley *Fannia*, santísima y augustísima, fué propuesta al pueblo de acuerdo con todos los órdenes; no fué presentada, como la mayor parte de las otras leyes, por los pretores ó los tribunos, sino por los cónsules mismos, con anuencia y por consejo de todos los buenos ciudadanos, atendido á que el lujo de los festines dañaba á la república mas de lo que se podía imaginar; porque habia llegado la cosa á tal punto, que muchos jóvenes ingenios traficaban con su libertad y su virtud para satisfacer su gula, y que muchos ciudadanos acudian llenos de vino á los comicios y decidían borrachos de la suerte de la república. »

El año 610 se hizo extensiva la ley *Fannia* á los demás pueblos de Italia que hasta entonces no habian creído que les correspondiera observar las leyes suntuarias hechas para la ciudad de Roma. Tal objeto tuvo la ley *Didia Suntuaria*, promulgada por los cónsules Apio Claudio y Q. Metelo. Esta ley dispuso además que las penas impuestas á los que contravenían á las anteriores leyes alimenticias, recayesen sobre los convidados lo mismo que sobre quien daba el banquete. Pero nada bastaba á preservar la sociedad romana de la terrible invasion de la glotonería. La suntuosidad de la mesa era cada dia mas extraordinaria en las familias ricas, y siendo cónsul el famoso moralista Escauro, hizo en el año 639 una ley limitando el gasto para los pescados que se traían de mares y rios lejanos, así como para las aves que no eran conocidas en Italia.

¿Podían oírse estas prescripciones en medio del tumulto de las luchas intestinas, de las guerras civiles y sociales que empezaban á desgarrar el seno y á anular la fortuna y la libertad de Roma? ¿Qué caso habian de hacer los romanos opulentos de leyes semejantes, cuando otras mucho mas sagradas y dignas de veneracion eran continuamente atropelladas y olvidadas por las distintas facciones y por los aspirantes al supremo poder? Así es que Mario, cuando en el año 656 fué propuesto para censor, no quiso que le eligieran, porque, como dijo, « tendria que ser severísimo contra el vicio y las malas costumbres, y esto me puede malquistar con mis conciudadanos. »

No cayó esto, como suele decirse, en saco roto para el tribuno M. Duronio, quien en el año 657, se atrevió á derogar *propria auctoritate* todas las leyes establecidas contra el lujo de la mesa, apoyándose en que tenían un barniz de salvaje antigüedad. Pero los censores castigaron al año siguiente este abuso de autoridad tribunicia, borrando á Duronio de la lista de senadores.

Animado con semejante rasgo el cónsul P. Licinio Craso y ayudado para ello por los mas distinguidos ciudadanos, que llenos de celo por la pureza de costumbres y temiendo el desbordamiento de las pasiones, mal contenidas ya por las leyes que recibieron tan rudo ataque y que algunos se obstinaban en considerar como caducas, presentó al Senado y este aprobó inmediatamente y mandó que se promulgase e hiciese obligatoria para todo el mundo la Ley *Licinia Suntuaria*, en que se confirmaban muchas cosas de la ley *Fannia*, dando en otras alguna mas amplitud para el gasto. Por ejemplo, se permitía gastar 100 ases en las calendas, nonas é idus de cada mes, 200 ases en los dias de boda y 30 en los dias ordinarios. Especificábase además que no podian gastarse en las comidas regulares de todo el año mas de tres libras de vianda al natural, ni mas de una libra de vianda aderezada, permitiéndose en cambio y sin limite alguno el uso de frutos que cada uno recogiera en sus propias tierras, tanto en legumbres y cereales, como en vinos y animales domesticos.

Sin embargo, el entusiasmo que inspiró esta ley á los Catones de aquel tiempo debió ser muy pasajero, porque pronto rompió el vicio todas las vallas y los placeres de la mesa fueron buscados con verdadero furor, gastándose en ellos grandes patrimonios. Fortunas inmensas se disiparon en suntuosísimos banquetes y en satisfacer los apetitos mas desordenados.

El dictador Sila hizo aun una ley suntuaria en que si hemos de creer á Macrobio, no se prohibía ya la magnificencia de los festines, ni se prescribían limites á la glotonería; solamente disminuía el tipo á que se debían comprar los comestibles extraños: « ¡Y qué platos, buen Dios! exclama Macrobio, que escribió cerca de cinco siglos despues. ¡Qué rebuscas de excitaciones para la sensualidad, hoy casi desconocidas! ¡Qué especies de pescados y qué manjares citaba la ley *Cornelia*. »

Bajando el precio de aquellos escogidos bocados, traídos á costa de grandes gastos de los mas remotos rincones del imperio, pretendía Sila imposibilitar su venida á Roma: pero ¿quién era ya Sila para imponer leyes alimenticias? ¿Qué suma de virtudes le abonaba y qué carácter de moralidad y austeridad revestía su nombre para imponer tasa á los vicios? Así sucedió que de su ley se hizo el mismo caso que de la Ley *Emilia Cibaria* dada por el cónsul M. Emilio Lepido el año 676, siguiendo al de la muerte de Sila, y que se reducía poco mas ó menos á lo mismo que la del rival de Mario. Mas lógico que ellos el gran Pompeyo, nombrado censor, y encargado de reformar las costumbres, renunció á dar leyes que él hubiera sido el primero en quebrantar.

Todavía hubo un tribuno generoso, Antio Resto, que

se atrevió á proponer al pueblo una ley suntuaria, limitando aunque á mayores tipos que las leyes anteriores los gastos de cada banquete y prescribiendo que los ciudadanos elevados á los cargos públicos, ó que estuviesen propuestos para alguna magistratura, no pudieran admitir invitaciones á comer mas que de ciertas y determinadas personas. El pueblo aprobó la ley *Antia*, que no dejaba de ser contemporizada, pero apenas fué promulgada cuando ya cayó en desuso; y aunque no fué abrogada, quedó sin valor, porque pudieron mas que la ley la tenacidad de un lujo desenfrenado y el poderoso concurso y empuje de todos los vicios. Solo Antio se portó con dignidad, porque al ver menospreciada la ley que por amor al bien público habia propuesto, no salió jamás á comer fuera de su casa, para no presenciar las escandalosas infracciones que continuamente se cometían.

Antio cerró la época de los magistrados romanos amantes de la antigua virtud: despues de él vemos aun publicar algunas leyes alimenticias ó suntuarias, pero ¿por quien? Por César, por Marco Antonio, por Augusto y por Tiberio. ¡Bonitos censores para una sociedad que ellos mismos estaban acabando de romper!

ALFREDO ALVAREZ.

(Se continuará).

El casamiento del emperador

DE LA CHINA.

Las bodas del joven emperador de la China han tenido efecto el 16 de octubre de 1872.

El 16 de agosto se habia cumplido la ceremonia del Na-Tsai, ó de los desposorios, y el 19 de setiembre la del Ta-Tcheng, ó cambio de regalos de boda.

Las bodas se celebraron con una pompa extraordinaria.

Nuestro dibujo representa la marcha del cortejo imperial por el camino del palacio de Tzeu-King-Tsing, que se compone de una serie de pabellones sembrados en preciosos jardines, llenos de kioscos, capillas, laberintos, y bosquetes envueltos en sombras misteriosas.

Desde el día 10 de octubre, el emperador habia enviado al palacio de Ah-lu-te un espejo inmenso, de madera negra admirablemente esculpido, el lecho nupcial, ocho armarios, ocho baules y algunas sillas. En los dias sucesivos ha habido ocasion de ver que entraban en el palacio grandes cajones que contenian sin duda regalos de boda, pero cuyo contenido no hemos podido precisar.

El cortejo, poco numeroso, presentaba un aspecto magnífico por la riqueza y frescura de los trajes.

Abria la marcha un piquete de caballería mandado por un principe de Mongolia. Inmediatamente despues se veían cincuenta hermosos caballos blancos, enjaezados de raso amarillo y conducidos de la mano por los lacayos vestidos de encarnado. Venia luego una banda de música vestida color de escarlata; en seguida una infinidad de hombres que marchaban de dos en dos con banderas amarillas y encarnadas, en las que se veían, bordados, dragones azules y negros.

Seguia el portador del paraguas escarlata del Estado.

Doscientos chinos portadores de lámparas.

Cuarenta y ocho portadores de inmensos abanicos de palmeras.

Dos paraguas negros.

Dos paraguas blancos.

Seis paraguas amarillos.

Seis paraguas encarnados.

Dos paraguas azules bordados.

Dos oficiales portadores de lámparas y estandartes. Estos dignatarios estaban vestidos de raso color de escarlata con puntos amarillos.

Dos principes chinos, en calidad de maestros de ceremonias.

El libro y el sello de la emperatriz en dos sillas de mano, cubiertos de raso blanco.

La silla de mano de la emperatriz, toda ella de seda amarilla y oro, conducida por diez eunucos y seguida de otros diez y seis eunucos de refuerzo.

Un principe á caballo, precedido de un brillante estado mayor igualmente á caballo.

Cerraban el cortejo 200 soldados de infantería.

La nueva emperatriz es hija de un profesor del colegio Hanlin, llamado Tchong-Tchi, hijo del general Saishangah y de la hija del principe Tcheng, el que debió suicidarse por orden superior en 1861, despues del golpe de Estado que entregó el poder al principe Kong.

Sabido es que la poligamia existe en la China, y que todo personaje puede tener varias mujeres, bajo la condicion de que solo la primera es legitima. El emperador no podia menos de seguir la costumbre. Además de su esposa legitima, ha recibido pues, en su palacio, tres favoritas.

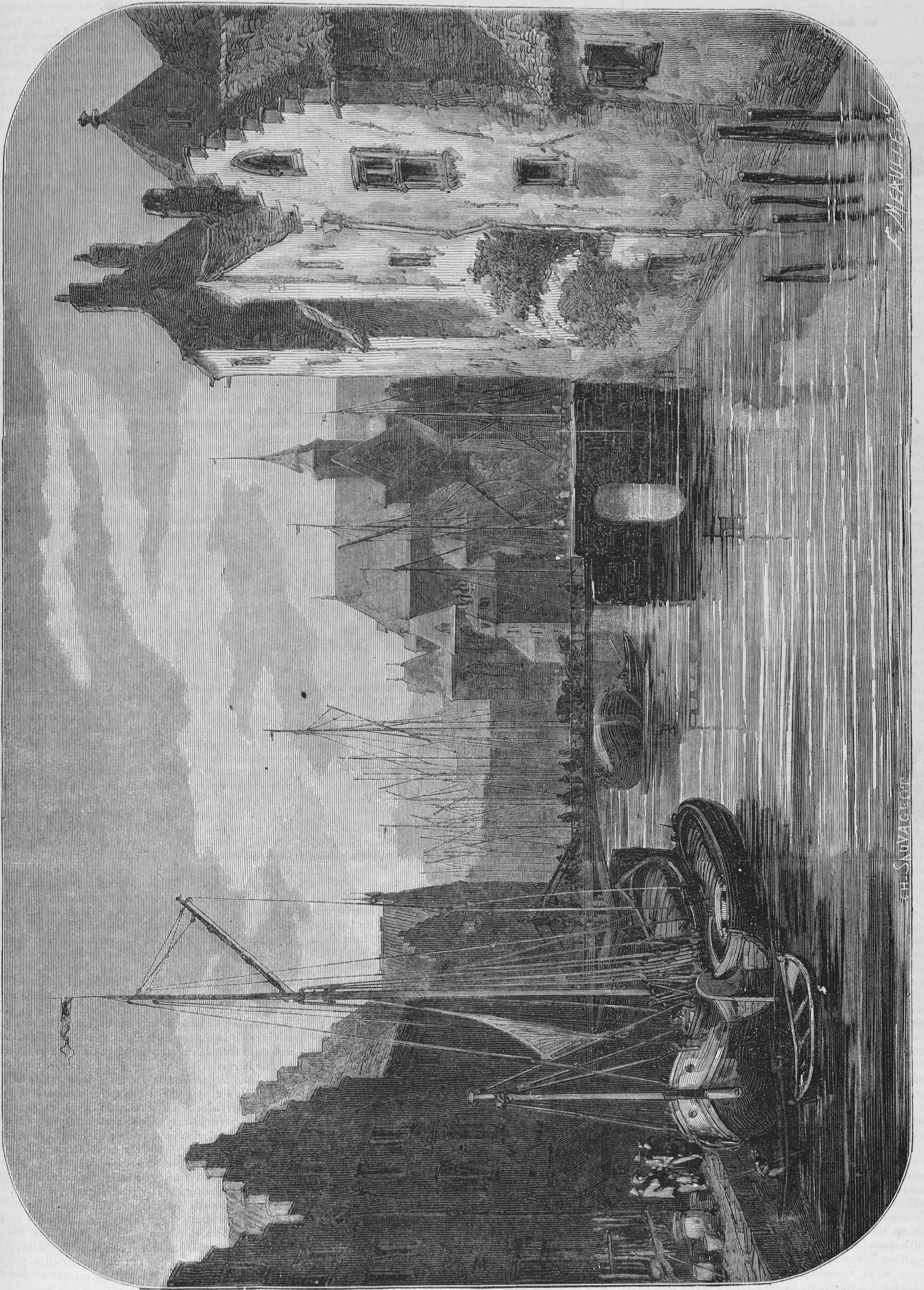
El día de las bodas del emperador ha sido el de su emancipacion, pues en ese dia, el principe Kong y la emperatriz madre depositaron los poderes en manos del joven soberano.

X.



CASAMIENTO DEL EMPERADOR DE LA CHINA. — El cortejo imperial.

Levy



CH. SAUVAGEOT

EL GRAN CANAL EN GANTE.

El Gran canal en Gante.

Gante es una de las ciudades mas curiosas de Bélgica. Situada en la confluencia de cuatro rios, cortada por numerosos canales, se halla edificada sobre unas treinta islas que reúnen unos trescientos puentes.

El punto de vista que ofrece nuestro grabado, es uno de los mas bellos de la ciudad, y ha sido tomado á las doce del día. La luz cae de lleno sobre la iglesia del fondo.

El centro de la escena está ocupado por uno de esos puentes giratorios tan pintorescos que abundan en Gante. A la izquierda una hilera de casas antiguas, que, por su arquitectura, se conoce son del tiempo de la dominación española; á la derecha otras casas con terrados; por último, en el canal muchos buques.

Entre los edificios notables que hay en Gante citaremos la catedral, comenzada en el siglo XIII, y que tiene una torre de 90 metros de altura. En esta iglesia hay una bóveda subterránea del siglo X, cuadros de Van Dyck y de Van Eyck; un Rubens y un Otto Venio, admirables.

R. S.

Revista de Paris.

Hoy miércoles, 15 de enero de 1873, se celebran en Inglaterra las honras fúnebres de Napoleón III; y esta noticia dice á nuestros lectores cuál ha sido el gran acontecimiento de la semana transcurrida. ¿Qué diremos sobre la impresion que la muerte del emperador de los franceses ha producido en Paris, en la gran ciudad que conserva por todas partes sus recuerdos? Diremos desde luego que es bien distinto de lo que seguramente habria debido ser hace poco tiempo aun; esto es, si hubiese ocurrido antes de la guerra. Paris no estaba preparado á tal noticia: se sabia hace largos años que Napoleón se hallaba aquejado de dolencias graves; pero nadie le creia llegado al término de la vida á los sesenta y cuatro años de edad por causa de sus enfermedades crónicas, y así sucedió que el telegrama en que se anunciaba su fallecimiento, de resultados de una operacion practicada por los cirujanos ingleses, causó una gran sorpresa. M. Rouher, á quien venia dirigido y que le recibió en Versalles, apenas podia darle crédito. Entre tanto llegaban pormenores; y á la sorpresa general, sucedia, preciso es confesarlo, una indiferencia no menos general y pronunciada. En vano los escasos periódicos que representan las ideas imperiales querian crear atmósfera, digámoslo así, excitando la atencion con llamamientos á la opinion pública, diciendo que si Napoleón III habia muerto, su bandera estaba en manos de Napoleón IV: Paris continuaba impassible, lo mismo que la Francia entera.

Si, en vano se recuerdan las glorias de Crimea y de Italia, las anexiones de Niza y de Saboya, la expedicion á la China y las magnificencias de la Exposicion Universal de 1867; porque todos estos triunfos tienen sus sombras, coronadas por una catástrofe sin ejemplo.

Que no se hable pues, de ingratitud contra la memoria del soberano que, ciertamente, dió á la Francia momentos de apogeo, pues está demasiado cerca el desenlace desastroso y fatal, el pais se resiente demasiado todavía de tan grandes males y tiene en perspectiva un esfuerzo sobrado colosal para recobrar su antigua preponderancia é influencia. ¿Cómo hacer abstraccion de los males que se tocan para no recordar sino los bienes? La justicia imparcial exigiria que se hiciera la parte de unos y otros; pero la imparcialidad está reñida con la política en el período en que la dominan las pasiones, y es preciso que la accion del tiempo se produzca para que calmadas esas pasiones la fria razon elabore su obra.

Diremos, sin embargo, que excepto el radicalismo exagerado, todas las demás opiniones respetan la tumba abierta todavía sin derramar sobre ella palabras de censura ni de odio. Además, Paris abunda en servidores del imperio, y estos, movidos por un sentimiento digno de todo elogio, se apresuran á marchar á Inglaterra para pagar el postrer tributo al soberano que les colmó de gracias y de honores. Los diputados bonapartistas, los generales agregados al servicio personal de Napoleón que han obtenido licencia del gobierno, muchos altos funcionarios y publicistas han tomado el camino de Chislehurst y se hallarán en la ceremonia fúnebre á la hora en que escribimos. No hay duda que habrá tambien particulares adictos al imperio; mas de todos modos, la manifestacion en este último orden de individuos será escasa, porque, ya lo hemos dicho, los sucesos de la guerra han quitado al imperio muchas simpatías, y nunca como en esta ocasion tan memorable, resulta evidente esta verdad en la actitud de la poblacion parisiense.

¡Cosa singular! Mientras en Francia la muerte del emperador pasa casi desapercibida, en las naciones extranjeras produce una emocion indescriptible.

En primer lugar se conmueve la Inglaterra.

La reina escribe el pésame á la emperatriz, el príncipe de Gales hace una visita al difunto, la corte se viste de luto rigoroso, la prensa toda escribe el panegirico de Napoleón III. Hay periódicos, como el *Times*, que exhalan su dolor en quejas contra los facultativos ingleses. Sí, aunque parezca exorbitante, conocido el orgullo inglés, el gran periódico de Londres opina que la operacion de la trituration de la piedra ha acelerado el fin de Napoleón que habria podido vivir algun tiempo mas, aunque padeciendo, y concluye con estas palabras:

« Es triste confesar que todos esos hombres del arte, de un mérito tan eminente, no han podido adivinar la enfermedad tan adelantada de los riñones, sin lo cual no habrian emprendido una operacion semejante. »

Con efecto, es evidente que los facultativos estaban muy lejos de prever el funesto desenlace.

En prueba de ello, hé aquí el parte que firmaron en Chislehurst, á las 12 y 50 minutos:

« Muerte del emperador. Despues del último boletín, el emperador fué visitado á las once de la noche por sus médicos: lo fué á las dos de la mañana por el doctor Conneau: á las cuatro, por el doctor Corvisart: á las seis, por el doctor Thompson, y todos encontraron á Su Majestad durmiendo mejor que las noches anteriores, profundamente: el pulso era bueno, fuerte, de 80 á 84 pulsaciones.

« A las nueve y media de la mañana, el emperador fué visitado nuevamente por los médicos y por el doctor Claver, y se decidió hacer una operacion á las doce. El pulso era muy regular, á 80. De repente, á las diez y veinte minutos de la mañana, la accion del corazon se suspendió, el pulso disminuyó, y á las diez y cuarenta y cinco minutos, el emperador exhalaba el último suspiro.

« Sir H. Thompson » « Corvisart »
« H. Conneau » « Claver. »

La noche anterior se habia creído inútil tener la consulta que se habia proyectado, en vista del buen estado del enfermo, y los médicos esperaban que podria hacerse otra tercera operacion al día siguiente, cuando á eso de las diez el doctor Thompson notó que el pulso se debilitaba rápidamente. Se administraron al enfermo unas gotas de aguardiente que le reanimaron por un momento, pero la debilidad continuó.

A las diez y cuarenta y cinco minutos, el emperador dió dos suspiros y espiró, teniendo á su lado á la emperatriz, á sus médicos, al conde de Davillier, á M. Regnault de Saint-Jean d'Angely y á los duques de Bassano y de Clary.

Sobre estas noticias redactadas por los facultativos, escribe el *Times* el largo artículo cuya conclusion hemos citado.

Las manifestaciones de otro pais son tambien muy dignas de tomarse en cuenta: nos referimos á Italia.

Aquí el sentimiento general es mas simpático aun que en Inglaterra.

Los italianos aprovechan esta ocasion para decir que Napoleón III ha sido uno de los protectores mas nobles, poderosos y constantes que ha tenido Italia, cuya unidad se le debe. El rey Victor Manuel envia una comision de oficiales del ejército para que asistan á sus exequias; en las ciudades de Florencia y Milan se abren suscripciones para erigir monumentos al que peleó por la libertad italiana contra los austriacos. Vemos pues, que los italianos no olvidan que era uno de los principales autores de su regeneracion y hacemos constar muy gustosos esta manifestacion general de la opinion pública.

Conviene dar á conocer las expresiones mismas de los primeros órganos de la prensa.

He aquí lo que leemos en el *Corriere di Milano* del 11 de enero:

« Napoleón III ha fallecido. ¡Qué crisis habria producido esta noticia hace tres años! ¡Hoy no es otra cosa que un suceso de familia! Morir prosáicamente de resultados de una operacion quirúrgica, es bien triste para la memoria del que no habia podido morir en el campo de batalla. Lo que es dable decir en estos momentos, es que el espíritu de partido mas exagerado no podria negar una gran cosa, á saber: que sin Napoleón, la Italia no poseeria aun su unidad; y por este motivo, aun cuando el mundo entero maldijera el nombre de Napoleón, este nombre será siempre bendecido por los italianos de todos los siglos. Jamás se pronunciará entre nosotros sin que le acompañe el recuerdo de la entrada triunfal en Milan, despues de la batalla de Magenta. Napoleón III, menos grande que Napoleón I, dejará sin embargo, una huella eterna de su paso por el mundo. Esta huella se llama Italia. »

La *Perseveranza*, de la misma ciudad, no es menos explícita en sus elogios.

« Si la noticia de la muerte de Napoleón III debe dejar un sentimiento de profunda emocion en el corazon de un pueblo, este pueblo es el nuestro. Si hay una ciudad en

Italia que debe erigir un monumento á la memoria de Napoleón III, esta ciudad es Milan. No cabe duda que á veces el pensamiento de Napoleón III era flotante, indeciso; pero era elevado siempre. La tranquilidad del sepulcro no va á comenzar desde luego para Napoleón III; pero lo que debe empezar inmediatamente son los testimonios de gratitud que le debemos los italianos. »

La *Gaceta de Italia* dice que su emocion no la permite enumerar desde ahora todos los títulos de Napoleón III á la justicia de la historia y de la posteridad, y añade que si la Italia no participara de esa emocion seria indigna de los destinos á que ha sido llamada.

Despues continúa:

« La historia reconocerá que la obra de redencion de la Italia fué comenzada por Napoleón III y que él la continuó con amor y solicitud. Napoleón III ya no existe: Milan, Venecia, Nápoles y Roma, lloran sobre su tumba. La Italia una y grande, ejemplo de su voluntad y de su valor, estará siempre pronta á celebrar la memoria de Napoleón III. Que el recuerdo del vencedor de Solferino viva entre nosotros bastante tiempo para que no olvidemos que le debemos á él mas que á la Francia. Sean cuales fueren las vicisitudes de los hombres y de las naciones, la Italia conservará recuerdo y gratitud por una dinastía que ha rivalizado en celo con la nuestra para acelerar la redencion de la patria. »

Por último, hasta los diarios que han sido siempre hostiles al imperio por las cosas de Roma, escriben de este modo:

« Hemos hablado libremente sobre Napoleón III cuando era grande y poderoso, y seguramente, nada malo diremos hoy al anunciar su fallecimiento. La Francia le ha juzgado, la Italia le ha juzgado... y en este momento Dios le juzga. Podemos afirmar que Pio IX rogará por su alma y nosotros uniremos nuestras plegarias á las de la Santa Sede. »

Así se expresa la *Unitá Cattolica*.

En Alemania las primeras apreciaciones ofrecen otro carácter. Sin embargo, apresurémonos á decir que aunque no sean favorables sobre su carrera política y sobre los sucesos de su reinado, están expresadas con moderacion y hasta con cierta reserva digna de señalarse.

Solo encontramos en el *Waterland*, á continuacion de una larga noticia necrológica, ciertas reflexiones, escritas con la amargura que la guerra de Italia ha dejado naturalmente en los paises austriacos.

« Ese hombre extraño, dice aquel periódico, ha fracasado en la realizacion de todos sus planes. Ha dado por vecinos á la Francia dos Estados de los mas peligrosos: la Italia y la Alemania. Trató de oponer un imperio latino á la raza anglo-germánica en América; y sabido es el resultado del imperio de Méjico. La Rusia ha borrado hasta las últimas señales de los descabros que sufrió en la guerra de Crimea. El desdichado soberano no ha conseguido mas que arrastrar en su caída á un solo Estado, y es el Austria. »

Pondremos punto á las citas del extranjero que acabamos de hacer para demostrar las impresiones que la muerte de Napoleón III ha producido en distintos puntos de Europa. Es un contraste verdaderamente muy notable con lo que pasa en Francia. Los diarios imperialistas hablan de la grande emocion de los franceses, de los viajes á Londres, de las cartas de pésame enviadas á la emperatriz por altos personajes; y quieren dar á estos testimonios aislados el carácter de una manifestacion general que indudablemente no existe. Ya tendremos ocasion de saber á punto fijo cuántas personas han asistido al funeral de Chislehurst, así como el detalle de todas las demostraciones; pero entre tanto, fieles á la verdad de lo que pasa á nuestra vista, debemos repetir que en la masa de la poblacion de Paris ostensiblemente no se ha notado conmocion alguna. ¿Será que lo ha impedido el gobierno? Por lo que hace á los particulares, su accion seria nula ó poco menos; en cuanto á los funcionarios públicos, quizá han servido de obstáculo ciertas medidas. Con efecto, el ministro de la Guerra ha dirigido al mariscal Mac-Mahon una carta fechada en Versalles el 12 de enero para comunicarle la resolucion tomada por el gobierno de no conceder licencia para ir á Inglaterra á las exequias de Napoleón III, á ningun oficial que ejerce mando ó se halle en activo servicio. A mayor abundamiento, como parece ser que la prensa bonapartista proclama regente á la emperatriz y al príncipe imperial le considera como legítimo sucesor de su padre y proyecta manifestaciones firmadas en este sentido, el gobierno entiende que bajo ningun pretexto circulen las listas de suscripcion entre las tropas, para lo cual recomienda la vigilancia mas severa.

Seguramente esta prohibicion habrá impedido que muchos representantes del ejército se encuentren hoy en Inglaterra, incluso el mismo mariscal Mac-Mahon que se dijo habia solicitado tambien el competente permiso; pero de todos modos, vemos que la medida restrictiva se aplica á una clase determinada y por razones que se alcanzan fácilmente.

En cuanto á la masa de la nacion creemos que la agencia telegráfica pinta exactamente su actitud diciendo que

la muerte de Napoleon III no ha dado margen á manifestacion de ninguna especie, ni aun siquiera en la Córcega donde el bonapartismo está tan impregnado en el espíritu público. La razon, á nuestro juicio, la hemos dado ya : la catástrofe en que sucumbió el imperio está muy reciente aun y sus terribles consecuencias muy á la vista.

MARIANO URRABIETA.

LA DAMA DE LYON

ó

ORGULLO Y AMOR,

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR LORD LYTTON.

(Continuacion. — Véase el número 1,043).

SEÑORA DESCHAPELLES.

¿Qué decis? ¡Parecerse al príncipe!

PAULINA.

¡Ah! coronel, no os lo perdonaré en toda mi vida.

CLAUDIO MELNOTTE (aparte).

¿Cómo embellece un título! Nunca pasé por un Apolo cuando era aldeano. (Alto.) M. Beauseant, ¿puedo tener el honor de ofrecer un polvo?

BEAUSEANT.

Gracias, Alteza, carezco de pequeños vicios.

CLAUDIO MELNOTTE.

¡Oh! no, si tomar rapé fuera un vicio, seguramente lo tendríais.

SEÑORA DESCHAPELLES.

La réplica es severa... ¿Qué talento tiene!

BEAUSEANT (encolerizado y aparte).

¡Maldita sea su insolencia!

SEÑORA DESCHAPELLES.

¿Qué caja tan preciosa!

PAULINA.

¡Y qué anillo tan magnífico!

CLAUDIO MELNOTTE.

¿Os gustaria esta caja, señora?... Es interesante como joya de familia; fué un regalo de Luis XIV á mi tatarabuena... Hacedme el honor de aceptarla.

BEAUSEANT (tirándole de la manga).

¡Qué diablo! Es mi caja, y vale veinte y cinco luises.

CLAUDIO MELNOTTE (sin hacerle caso y dirigiéndose á Paulina.)

Y á vos, Paulina, ¿os agrada este anillo? ¡Oh! tiene un doble brillo desde que ha recibido un reflejo de vuestros ojos. (Poniéndoselo en el dedo.) Consideradme, bella jóven, como uno de los esclavos de la sortija.

GLAVIS (con el mismo ademán de Beauseant y á media voz).

¡Eh! eh! ¿qué haceis? Un legado de mi difunta tia, un magnífico brillante... no quiero, no quiero.

CLAUDIO MELNOTTE (fingiendo que no lo ha oído).

Es un anillo precioso, el mismo con que mi abuelo, el dux de Venecia, se casó con el Adriático. (La señora Deschappelles y Paulina examinan el anillo).

CLAUDIO MELNOTTE (á Beauseant y á Glavis).

Señores, los príncipes deben ser generosos. (Al coronel Dámaso.) Mis amigos se toman tanto interés por mí, que son avaros de lo que me pertenece, como si fuera suyo.

BEAUSEANT Y GLAVIS.

¡Bonita broma!

(Se llevan á Claudio aparte y le riñen á media voz.)

DÁMASO.

¿Qué significan esos cuchicheos? Apuesto á que se está haciendo aquí alguna comedia... Dado que ese señor sea un príncipe italiano... Voy á ponerle á prueba. (A Claudio Melnotte). Servitore umilissimo, Eccellenza!

CLAUDIO MELNOTTE.

¿Qué decis?

DÁMASO.

Godo di vidervi in buona salute.

CLAUDIO MELNOTTE.

¿Cómo?

DÁMASO.

Fa bel tempo... Che se dice de nuovo?

CLAUDIO MELNOTTE.

Coronel, ¿qué algarabía es esa?

DÁMASO.

Es italiano, Alteza. Parece ser que el príncipe no comprende su propia lengua.

CLAUDIO MELNOTTE.

Como vos la pronunciáis, no... ¿Quién diablos la comprendería?

SEÑORA DESCHAPELLES.

¡Ah! querido primo, no os supongais mas sabio de lo que sois.

PAULINA.

Buen italiano es el que habláis (con burla).

BEAUSEANT (á Glavis).

El tunante responde fácilmente.

GLAVIS.

Y mas fácilmente da las sortijas y las cajas.

DÁMASO (aparte).

¡Se burlan de mí! ¡De un coronel del ejército francés!... Allá veremos... Por el pronto quiero averiguar si el supuesto príncipe italiano sabe tanto de esgrima como de italiano. (Se lleva á Claudio aparte y le dice á media voz.) Sois un fátuo... ¿Necesitais un intérprete para comprender este francés?

CLAUDIO MELNOTTE.

No, señor; pero tengo por costumbre no interpretar las palabras ofensivas que se me dirigen delante de señoras... Dentro de un rato recibiré con gusto una leccion, si es que no la doy.

DÁMASO.

Está entendido; contad conmigo.

(Vase.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, MENOS DÁMASO.

SEÑORA DESCHAPELLES.

¿A dónde vais, primo?

DÁMASO.

A buscar un maestro de italiano.

BEAUSEANT á GLAVIS.

Sigámosle; es que sospecha alguna cosa, y no debemos permitir que destrone al príncipe antes de que haya concluido su papel.

GLAVIS.

Y antes de que haya hecho otros regalos á costa nuestra. ¡Mi sortija!

(Vanse.)

ESCENA IV.

SEÑORA DESCHAPELLES, PAULINA, CLAUDIO MELNOTTE.

SEÑORA DESCHAPELLES.

Me atrevo á suplicar á V. A. que perdone á mi primo su vulgaridad de cuartel.

PAULINA.

Sí, perdonadle en favor de su buen corazón.

CLAUDIO MELNOTTE.

Y en favor de su encantadora prima.

PAULINA.

El coronel es tan valiente en presencia del enemi-

go, como descortés en presencia de las señoras. Se alistó voluntario, y en dos años ha ascendido á coronel.

CLAUDIO MELNOTTE.

¡En dos años! ¿Qué decis?

SEÑORA DESCHAPELLES.

*Creo que una madre puede dejar á su hija con un príncipe que aspira á su mano.

(Vase).

ESCENA V.

PAULINA, CLAUDIO MELNOTTE.

CLAUDIO MELNOTTE.

Podeis estar orgullosa de un pariente que debe su alta posicion á su mérito y no á su nacimiento...

PAULINA.

Sin duda... pero...

CLAUDIO MELNOTTE.

Pero, ¿qué?

PAULINA.

Tambien hay algo de glorioso en la herencia de un noble origen. Un hombre que tiene antepasados, es como el representante de los siglos.

CLAUDIO MELNOTTE.

¡Ah! Paulina, no hácia el pasado, sino hácia el porvenir vuelve sus miradas la nobleza y ve su blason en la posteridad.

PAULINA.

Habláis así por agradarme á mí, que no tengo antepasados; pero vos, príncipe, debeis estar orgulloso de los vuestros.

CLAUDIO MELNOTTE.

No, no; aun cuando fuera príncipe cincuenta veces, no querría deberlo todo á los muertos. Yo respeto la noble cuna y el origen ilustre, cuando la persona favorecida por la suerte se distingue por sus propias acciones, y no los considera como un derecho para hacer una vida ociosa. Venero los laureles que dan sombra á las tumbas de nuestros abuelos; pero todavía los honro mas cuando aspira á ser digno de que mis cenizas descansen al lado de las suyas. ¡Ah! querida Paulina, ¡cuánto celebraría que pudiérais ver todo esto con mis ojos!

PAULINA.

Príncipe, en vos está mi orgullo; nunca olvidaré que por vos y por vuestro amor seré yo princesa y habitaré el palacio del lago de Como que, segun me habeis dicho, os parecería triste y despojado de todos sus esplendores, si os viérais condenado á volver á él sin mí. ¡Ah! Habladme de esa encantada residencia.

CLAUDIO MELNOTTE.

Amada Paulina, encantada seria, en efecto, la residencia adonde yo querría llevaros conmigo... Seria un palacio que la barrera de los Alpes protegeria contra el mundo importuno... Un palacio situado en las márgenes de un lago azul y cristalino, con jardines plantados de árboles con frutos de oro y bosques de mirtos poblados de pájaros melodiosos que repetirian vuestro nombre en sus cantos... Un cielo siempre brillante, alumbrado de dia por un sol de primavera, y de noche por resplandecientes estrellas, entre las cuales elegiríamos una para morada despues de esta vida, donde realizaríamos nuestro sueño de amor inmortal...

PAULINA.

¡Ah! príncipe, me trasportais por la imaginacion á ese paraíso, y me embriaga el hechizo de vuestras palabras, como se embriaga la abeja con la miel de las flores. ¿Qué poeta podría hablar mas dulce lenguaje al objeto de su amor, á la mujer á quien amaría y que le correspondiera como os corresponde Paulina?

CLAUDIO MELNOTTE (con amargura).

¡Ah! Paulina, amas al príncipe, no al hombre. Si en vez de un palacio con sus magnificencias, si en vez de los goces del lujo y de la grandeza, te describiera una humilde morada y una vida de trabajo, no te parecería tan elocuente... Paulina, no está en eso el verdadero amor.

PAULINA.

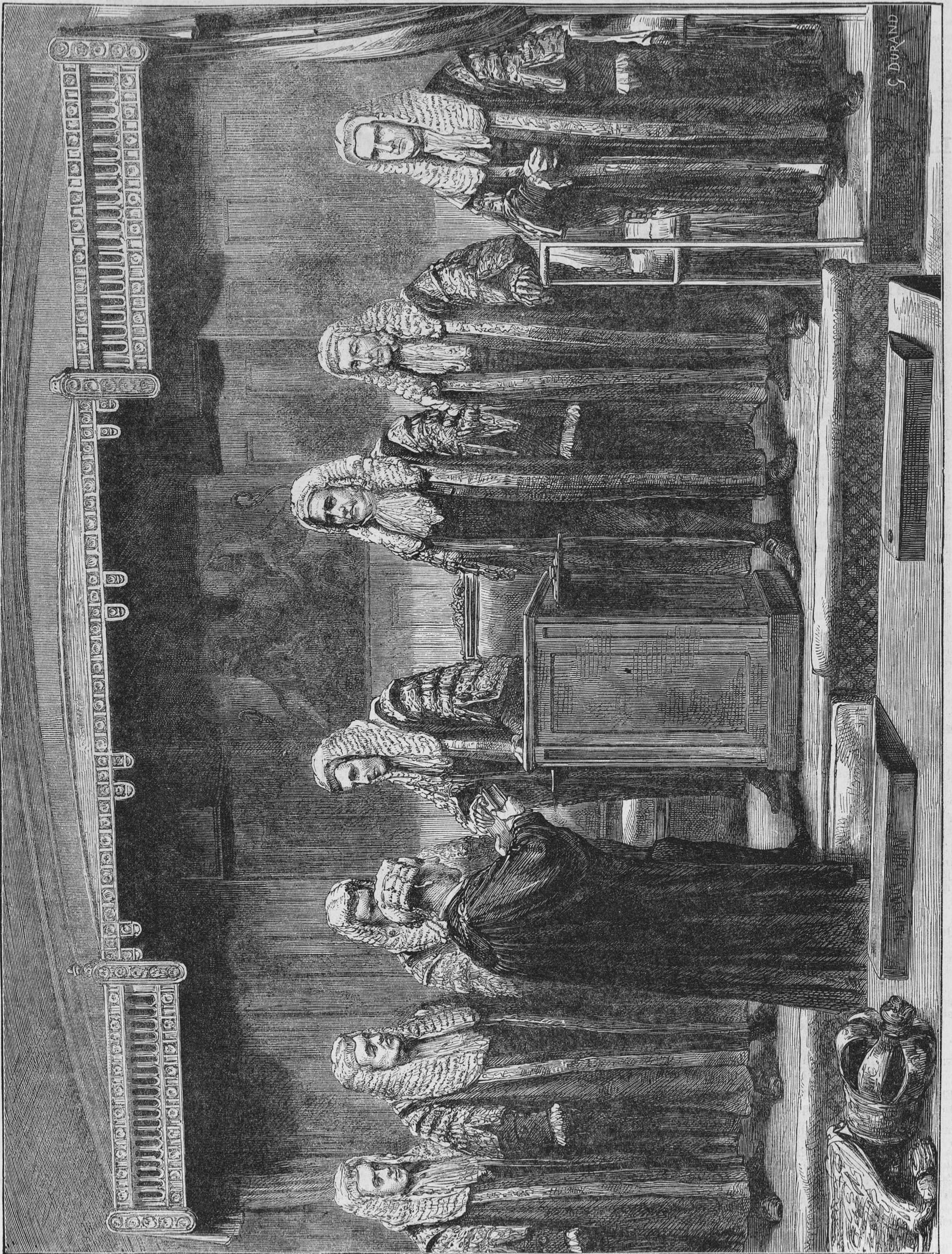
Me juzgas mal, príncipe cruel. Quizá es cierto que no habria yo dado mi amor al que no hubiese seducido á la par mi orgullo y mi corazón... Confieso mi flaqueza; pero ahora, puedes creerme, si bajaras de tu clase...

CLAUDIO MELNOTTE.

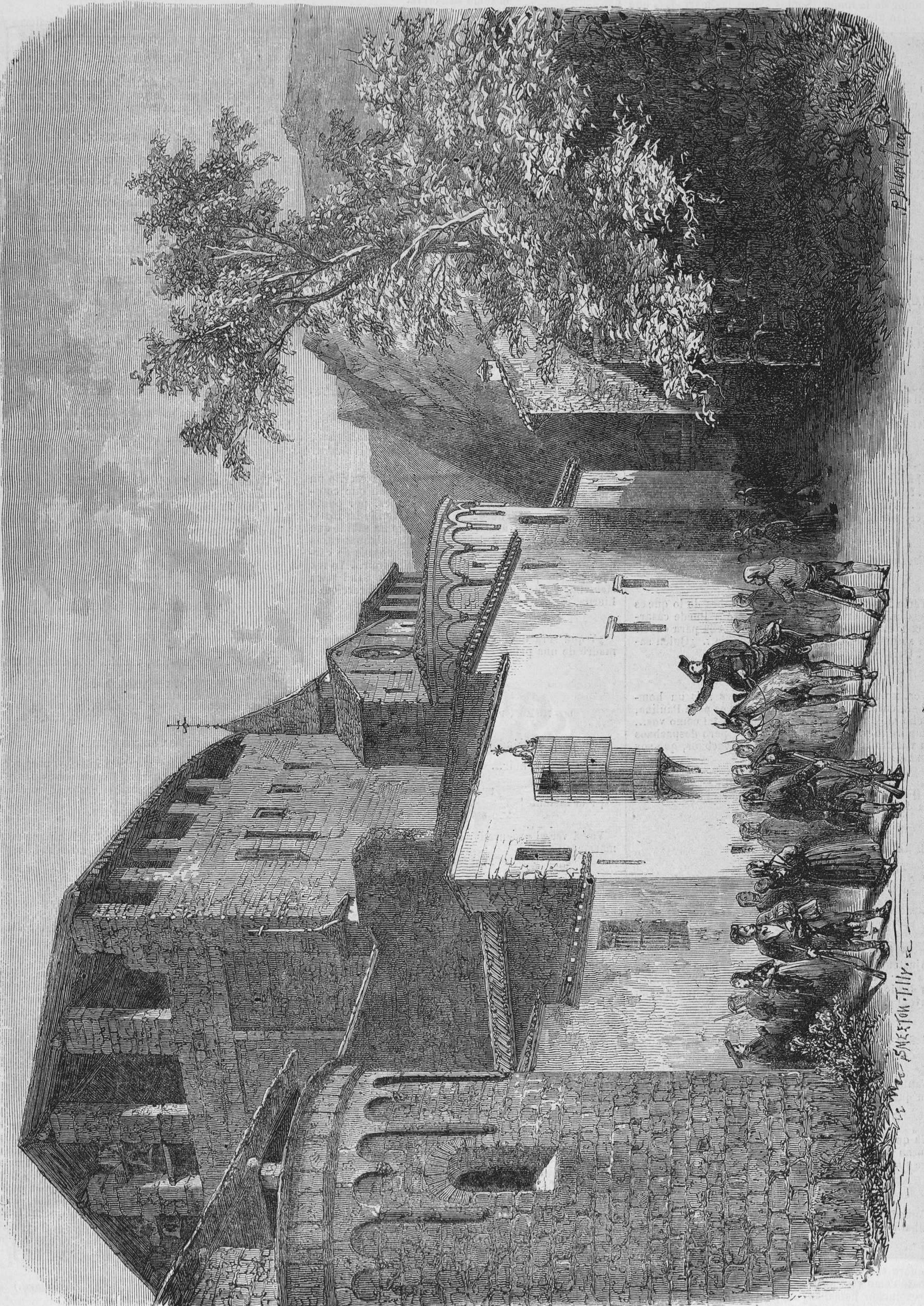
¿Hasta la de aquel pobre hijo de jardinero que se atrevió á fijar en ti sus miradas?...

PAULINA.

Sí, aun en ese caso, me parece que te querría mas



TIPOS Y FISONOMIAS DE LONDRES. — Los cancilleres del Echiquier.



INSURRECCION CARLISTA EN ESPAÑA. — Conciliabulo de facciosos en un pueblo de Cataluña.

solo con la idea de que podria probarte cuán firme es el amor de la mujer. Somos como las mariposas que se dejan atraer por una llama vulgar que les quema las alas, hasta que son víctimas voluntarias de la luz fatal.

CLAUDIO MELNOTTE.

¡Sois un angel! (Aparte). ¡Oh! conciencia, conciencia; no, eso no debe ser... Su amor se convierte en un tormento peor que sus desdenes. Voy á buscar á Beauseant... ¡Ah! viene aquí... (á Paulina). Amadísima, dejadme un momento, tengo que hablar con esos dos señores y luego nos veremos.

PAULINA.

No tardeis.

(Vase).

ESCENA VI.

BEAUSEANT, GLAVIS, CLAUDIO MELNOTTE.

CLAUDIO MELNOTTE.

Levantadme el juramento, no me caso con ella.

BEAUSEANT.

¡Como! ¡Un perjurio!

CLAUDIO MELNOTTE.

No, no; tenia trastornado el juicio cuando os prometí que me casaría... No veía mas que mi afrenta, no escuchaba mas que mi rabia y mi venganza... Desolvedme mi pobreza y mi honra.

BEAUSEANT.

Es ya tarde y tienes que casarte hoy mismo. Acabo de hallar un pretexto. El coronel Dámaso sospecha de tí... te va á denunciar á la policia... va á caer tu máscara... Paulina te despreciará y serás encerrado en la cárcel por impostor.

CLAUDIO MELNOTTE.

Eres el mismo diablo.

BEAUSEANT.

Teme la venganza de Paulina, ya sabes de lo que es capaz una mujer que quiere vengarse... Puede casarse con el primero que se ofrezca á ella para cubrir con su nombre la afrenta de tu familia... ¿Quién sabe? Quizá elegirá á tu humilde servidor.

CLAUDIO MELNOTTE.

Vos, no... Seria peor para ella, pues sois un hombre sin corazon. El hijo del jardinero es para Paulina, mucho mejor que un hijo de marqués tal como vos... Cumpliré lo prometido... Me casaré; pero despachaos con vuestra infernal invencion... Despachaos, que soy capaz de todo.

GLAVIS.

¡Qué tigre! Es demasiado feroz para príncipe, habría debido ser el gran turco.

BEAUSEANT.

Basta, voy á prepararlo todo.

ESCENA VII.

CLAUDIO MELNOTTE, el coronel DÁMASO, con dos espadas.

DÁMASO.

Ajustemos cuentas, señor mío, que ahora ya no teneis por excusa la presencia de las señoras. Traigo dos diccionarios y V. A. podrá elegir el que mas le convenga.

CLAUDIO MELNOTTE.

Señor coronel, no estoy para bromas.

DÁMASO.

Tanto mejor, pues quiero daros seriamente la lección que tanto necesitáis. En guardia...

CLAUDIO MELNOTTE.

Ya que lo quereis...

(Cruzan los aceros, Claudio desarma al coronel, recoge su espada y se la presenta respetuosamente).

CLAUDIO MELNOTTE.

Tomad vuestra espada, coronel, y empleadla solo en combatir contra los enemigos de la Francia.

DÁMASO.

Ignoro si sois un príncipe, pero cuando un hombre se bate como vos, no ha podido ser lo que antes de la revolucion llamaban un plebeyo. Admiro vuestra destreza y vuestra conducta.

CLAUDIO MELNOTTE.

Y yo, coronel, admiro en vos uno de los representantes de la nobleza republicana. Sentásteis plaza de simple soldado, y sois coronel.

DÁMASO.

No soy el único en el ejército que en dos años ha conquistado ese grado. Hoy ya no se compran los grados, ni se reciben mediante el favor de la corte. Nuestro general mas viejo tiene treinta años y los hay de veinte y cinco.

CLAUDIO MELNOTTE.

¡General á veinte y cinco años!... Coronel, uno de estos dias tendré que pedir un servicio.

DÁMASO.

Me envanecerá poder hacérosle... (Aparte). Es singular, como de repente se cobra amistad al adversario con quien se acaba de cruzar el hierro.

(Oculta las espadas).

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, SEÑORA DESCHAPELLES Y BEAUSEANT.

SEÑORA DESCHAPELLES.

¡Ah! ¡príncipe!... ¿Qué es lo que me dicen?... Teneis que huir, teneis que dejarnos...

CLAUDIO MELNOTTE.

¡Yo!

BEAUSEANT.

Sí, príncipe, leed esta carta, que me ha escrito un amigo, miembro del Directorio. Sospechan que conspirais contra la República; los principes, por punto general, son sospechosos, y vuestra familia ha tomado partido por los austriacos. Mi amigo ha sabido que yo mismo habia presentado á V. A. en algunas casas de Lyon, y me previene que estais amenazado de cárcel... quizá de guillotina... Es preciso huir... Yo me encargo de proporcionaros caballos..... Salid para Marsella donde podreis embarcaros con direccion á Liorna.

SEÑORA DESCHAPELLES.

¿Y qué será de Paulina?... ¿Debo renunciar á ser madre de una princesa?

ESCENA IX.

LOS MISMOS, PAULINA Y M. DESCHAPELLES.

PAULINA (arrojándose en los brazos de Claudio).

¡Teneis que huir... teneis que separaros de Paulina!

BEAUSEANT.

¡Y al instante!

M. DESCHAPELLES.

Voy á ver al procurador de la República para informarme.

BEAUSEANT.

Guardaos bien de hacerlo, seria hombre perdido. El procurador de la República le mandaria prender como hombre sospechoso.

SEÑORA DESCHAPELLES.

¡No seré madre de una princesa!

BEAUSEANT.

Aun podeis serlo, si no perdemos tiempo... Llamad á un sacerdote, que se celebre el casamiento inmediatamente, y el príncipe huirá con la princesa.

CLAUDIO MELNOTTE.

¡Imposible! (Aparte). ¡Malvado!

SEÑORA DESCHAPELLES.

¡Cómo! ¡Perder mi hija!

BEAUSEANT.

¡Será princesa!

SEÑORA DESCHAPELLES.

¡Ah! M. Beauseant, sois un verdadero amigo... Sí, teneis razon, debo sacrificarme á la felicidad de mi hija y dejarla partir... en un coche de seis caballos.

CLAUDIO MELNOTTE.

Imposible, repito, partiré solo.

PAULINA.

No, no, os amenaza un peligro y debo compartirlo con vos.

CLAUDIO MELNOTTE (aparte).

¡Oh, demencia! ¿Por qué no se abre la tierra y me traga? (Alto). Vos lo quereis, Paulina...

M. DESCHAPELLES.

Pero señores, ¿y el contrato matrimonial que está extendido? ¿Quereis llevaros el dote de mi hija sin haberle firmado para resguardo de todos sus derechos?

CLAUDIO MELNOTTE.

¡Su dote!... No, no; no quiero nada. ¡Qué vileza!

BEAUSEANT (á la señora Deschapelles).

¡Noble corazon!... Vuestro marido ve todas las cosas bajo el punto de vista mercantil: los negocios de interés pueden arreglarse por procuradores.

M. DESCHAPELLES.

Pero...

SEÑORA DESCHAPELLES.

Callaos, no os pongais en ridiculo.

BEAUSEANT.

Dentro de un cuarto de hora vuelvo con el sacerdote, preparaos todos. El coche estará á la puerta antes de que se haya concluido la ceremonia.

SEÑORA DESCHAPELLES.

Que tenga seis caballos el coche... M. de Beauseant, habeis sido bastante generoso para perdonarnos nuestra negativa; pero fué por un príncipe.

BEAUSEANT.

¡Y qué príncipe, señora! No habria perdonado si se hubiese tratado de un rival menos ilustre. (Aparte). Todo va bien. ¡Ah! orgullosa criatura, mañana estarás bien humillada y veremos si preferirás aun el hijo del jardinero al hijo del marqués.

(Vase).

ESCENA X.

LOS MISMOS, MENOS BEAUSEANT.

SEÑORA DESCHAPELLES.

Venid, M. Deschapelles, venid... ¿Aun vacilais?

M. DESCHAPELLES.

No me gustan las cosas tan de prisa; no es la costumbre de la casa Deschapelles y compañía.

SEÑORA DESCHAPELLES.

Olvidad un poco vuestro mercantilismo, para recordar que dentro de un cuarto de hora sereis padre de una princesa. Paulina, aceptad el brazo de Su Alteza.

CLAUDIO MELNOTTE.

Una palabra mas, Paulina, ¿no teneis ningun escrúpulo, no teneis nada para el dia de mañana? Respondedme, aun es tiempo.

PAULINA.

Os he dicho que os amaba... vuestro destino es el mio, sea cual fuere vuestra fortuna, próspera ó adversa... Si correis algun peligro, yo debo estar á vuestro lado.

DÁMASO.

Italiano ó no, seguramente es un príncipe. Alteza, os felicito por haber inspirado tal amor. Sed dichoso y haced tan dichosa á Paulina como si no fuera á ser princesa... Es una excelente jóven, á pesar de todo y os envidio.

CLAUDIO MELNOTTE.

¿Me envidiais de veras? (Se aleja tristemente añadiendo aparte). ¡Qué bien nos juzgamos el uno al otro! Pero «yo debo amarla, casarme con ella y llevarla á mi casa.» Tales son los términos del pacto, en cuya virtud he vendido mi alma y mi libertad... Me casaré pues... ¿Y luego?... ¡Oh! no quiero pensar en eso... Como los niños en las tinieblas de la noche, no me atrevo á mirar las sombras que se aglomeran en derredor mio... ¡El coronel me envidia!... Gracias, coronel... podeis leer mi felicidad mirándome á la cara... Gracias... ¡Ah! coronel; si los corazones pudiesen expresarse en un lenguaje sensible al oido, diriais lo que el mio os responde cuando decís que me teneis envidia.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

(Se continuará.)

La Armenia y la Persia.

(APUNTES DE VIAJES).

(Continuacion. — Véase el número 4,045).

LA ARMENIA.

Entonces, cayendo sus pobres habitantes en una profunda miseria, cansados de las incesantes revoluciones que tanto habian pesado sobre ellos, y á la vista de los escombros que los rodeaban por todas partes, esos habitantes, digo, ya no tuvieron ánimo para reedificar su ciudad, la abandonaron y se dispersaron en todas direcciones. Despues de ese gran cataclismo nunca se volvió á levantar Ani.

Los restos de sus fuertes murallas, de sus iglesias, y los vestigios del palacio de sus reyes, hacen ver su grandeza pasada; y esa ciudad parece ser la imágen material de la poderosa nacion abatida y dispersa, cuyos restos resistirán largo tiempo aun sobre el suelo asiático en donde están diseminados.

En cuanto á Erzeroum, es una de las ciudades antiguas de ese país en donde ha permanecido una numerosa poblacion armenia.

En Van, que tambien es de origen muy antiguo, se se encuentran recuerdos de los asirios con el pueblo de Aram. Esa ciudad, á la que los kurdas, sus actuales poseedores, dan el nombre de *Schamiramagherd*, ó ciudad de *Semiramis*, se encuentran tambien vestigios del reinado de esa princesa; y si se avanza hácia el Sur se hallan igualmente recuerdos del poder de los armenios en Dirbekhr, Suverik, Bir, Mardin y Nisibia, que fué una de las residencias de Tigrano.

V.

En los pueblos se advierte que la misma comunión reúne de ordinario á todos los habitantes; pero en las ciudades sucede lo contrario, pues la poblacion armenia se divide en dos ramas muy distintas, es decir, los cismáticos y los católicos. El número de los primeros es mayor que el de los otros, y no perdonan toda clase de intrigas, y algunas veces con buen éxito, para aumentarle por medio de conversiones forzadas. Sin embargo, no admiten la calificación de herejes, y hasta la consideran como muy injuriosa, á pesar de persistir en sus opiniones disidentes.

Hay dos causas muy graves que los sostienen en la via en que se han empeñado, que son la obediencia al papa y el matrimonio.

A los ojos del alto clero el reconocer la supremacia de Roma seria disminuir su autoridad y una especie de abdicacion, y en cuanto al celibato, el clero bajo no le comprende, porque no tiene ni los sentimientos, ni la inteligencia, ni ninguna de las virtudes practicadas por los sacerdotes latinos, que son las que le sostienen en su aislamiento.

Los ministros de la Iglesia cismática se dividen en dos categorías: una se compone de *aerders*, que no son mas que simplés vicarios, quienes se casan y ejercen una profesion industrial, cumpliendo muy mal con sus deberes. Esos ministros viven en una inferioridad y dependencia con respecto á los *vertabeds*, que constituyen la segunda categoría, y son los verdaderos eclesiásticos.

Estos observan solos el celibato, y forman como el semillero en el que se eligen los hombres llamados á ser patriarcas. Los ministros de la comunión disidente son en general muy poco instruidos y poco recomendables por sus costumbres, y en cuanto al modo con que ejercen su ministerio, se puede decir que es completamente estéril bajo el punto de vista filantrópico. De ahí resulta que hay entre los miembros de ese oscuro clero muy pocas razones que marquen la superioridad de uno de ellos entre los demás, y así es que la dignidad de obispo ó de patriarca ha sido casi siempre vendida á pública subasta y conferida al que mas ofrece.

A la Persia le habia quedado de la division de la Armenia una parte mucho mas grande que la que posee hoy día, pues sus guerras con la Rusia le hicieron perder casi todas sus posesiones armenias, limitadas hoy á un pequeño territorio comprendido entre el Araxe, las montañas al Este de Van y el lago Urmiah; pero tiene, como la Turquía, algunos miles de armenios diseminados en diferentes provincias y mezclados con su pueblo, pudiendo calcularse su número en veinte y cinco mil.

La Rusia, por su parte, se ha hecho últimamente con una hermosa parte de la Armenia, arrancando á la Persia, ya por las armas ó ya por tratados, las provincias de Erivan y de Nakchivan, y posee hoy día la parte del antiguo territorio comprendido entre el Araxe y el Kour. Los rusos, para completar esta nueva conquista, han sacado en las campañas de 1827 á 1829, de varios puntos y en gran número de ciudades, poblaciones enteras armenias, conduciéndolas mas allá del Araxe, en un terreno sucesivamente conquistado.

Además de la idea de engrandecimiento territorial, la politica rusa ha querido tener una influencia religiosa sobre toda la nacion armenia y sobre todos los grupos esparcidos por aquel territorio.

La Rusia, á fin de llegar á obtener su objeto, comprendió que era preciso colocar allí la residencia del patriarcado, el trono pontifical de San Gregorio, pues por ese medio tendria en su mano el báculo pastoral, por medio del cual se proponia conducir y guiar el rebaño disperso. A esa gran razon politica es preciso atribuir la toma por el general Paskewitch de la ciudad de Erivan, en cuyas inmediaciones se halla el monasterio de Etchmiazin.

La Rusia es demasiado hábil para engañarse en sus previsiones; y en efecto, lo que no habian podido hacer la fuerza y la persuacion para arrancar al suelo nativo los armenios vecinos de la nueva frontera rusa, lo hizo la devoción; de modo que el patriarca hecho vasallo del juez no tardó en ver agruparse en torno de su residencia un número considerable de emigrados.

Entre ellos se hallaban varios católicos, quienes haciéndose ilusión sobre el apoyo que debian encontrar mas bien en un imperio cristiano que entre los turcos ó persas, pasaron el Araxe; pero el gobierno ruso, inclinado naturalmente hácia los cismáticos, y creyendo ejercer su accion sobre ellos mas fácilmente que sobre los ortodoxos, empleó todos los medios para hacer abjurar á estos últimos.

Las autoridades rusas, además de las vejaciones de toda clase que pone por obra para fastidiarles de su perseverancia en la Iglesia romana, llevan su rigor hasta privarles de clérigos, prohibiendo la entrada en su territorio á los misioneros católicos. Muchas de las conversiones fueron el resultado de esas violencias, y esos pueblos abandonados, sin ministros de su religion, y sin el sosten de la fe, deben ceder infaliblemente, aumentando el número de vasallos rusos, reunidos por una comun hostilidad á la soberania espiritual de Roma.

Sin embargo, la influencia de la residencia patriarcal de Etchmiazin no se ha extendido con la misma intensidad en toda la Turquía, pues cuando el patriarca armenio se hizo ó le hicieron vasallo ruso, los cismáticos que han quedado en Turquía no pueden ver sin disgusto al jefe de su Iglesia colocado bajo una dependencia que ellos no reconocen. Entonces quisieron estos tener otro pontífice que viviese con ellos en el territorio de Armenia, y erigieron otra nueva residencia para esa dignidad. Con ese objeto erigieron una isla situada en medio del lago de Van, triste peñasco en el que se eleva el pequeño monasterio de *Aktamar*, en cuyo punto solitario y casi inabordable colocaron uno de sus obispos, con el pomposo nombre de patriarca.

El que desempeña en la actualidad ese cargo, no tan solo vive en un estado de miseria que envilece la dignidad de que se halla revestido, sino que se halla en un aislamiento y un descrédito que no pueden inspirar celos á su rival de Etchmiazin.

La Rusia se vanagloria de la politica religiosa y de su influencia sobre los armenios, y estos por su lado no se disimulan la servidumbre en que se halla la mayor dignidad de su Iglesia, pues la paloma, el simbolo del Espíritu Santo, en que se hallaba sobre el trono pontifical de Etchmiazin, ha sido reemplazada por el águila negra, simbolo de la autocracia, bajo cuya presión vive y obra el patriarca que allí existe.

El monasterio de Etchmiazin parece ocupar el sitio de una antigua ciudad, y si se ha de juzgar por varias inscripciones griegas que se hallan en sus murallas, ese edificio remontaría á los primeros siglos de nuestra era.

En torno del papa armenio elevado á esa dignidad por eleccion, con el consentimiento del czar, se agrupan algunos obispos y *vertabeds* que viven allí casi como religiosos.

Hay en Etchmiazin una imprenta y una biblioteca que posee cinco ó seis mil volúmenes, pruebas incontestables de una literatura armenia que abrazaba en otros tiempos casi todos los ramos de los conocimientos humanos, siendo de notar que esa literatura remonta al siglo IV, época en que tuvieron los armenios una escritura nacional.

Hasta entonces las lenguas griega ó siríaca, propagadas por ellos por los eclesiásticos que fueron á convertirlos, eran las solas que usaban en sus libros; pero hácia el año 380, y despues que la conversion de los armenios les puso en relaciones mas estrechas con los griegos, entonces principió á recibir de ellos algunas nociones de sus ciencias.

A poco tiempo se fundó una escuela, de la que salieron jóvenes discipulos elegidos para ir á adquirir una instruccion mas vasta en las escuelas célebres de Edesa, de Antioquia, de Constantinopla, de Atenas y de Roma. Primeramente se tradujeron algunas obras griegas en armenio, y por eso se encuentran en esa lengua las doctrinas filosóficas de Platon y de Aristóteles, y los tratados de Hipócrates y Galeno; pero se ve por el número considerable de libros teológicos traducidos, que el gusto literario de los armenios era de preferencia por la literatura religiosa.

Sin embargo, merced á una frecuentacion mas larga y mas íntima con las escuelas de la Grecia y de la Italia, produjo entre ellos algunos autores que no fueron estimulados exclusivamente por la religion. El mas célebre de esos escritores Misés de Khorren, á quien se debe la mejor historia de su país.

Otros han dejado varias obras dignas de interés, ya sea sobre la geografia de la Armenia, ya sobre la cronologia ó los sucesos políticos que habian visto; pero todos sus escritos remontan á una fecha muy antigua, pues con el envilecimiento de la nacion armenia, vino el apocamiento de su entendimiento. Hoy día no salen de la imprenta de Etchmiazin sino libros de liturgia, que son casi los únicos que corren actualmente entre las manos de los armenios.

No sucede con el famoso convento de los mekitaristas de Venecia como con el de Etchmiazin; pues aquel tiene siempre por objeto la propagacion de las luces del mundo civilizado en medio de la nacion armenia. Ese monasterio fué fundado al principio del siglo último por un eclesiástico llamado Mekitar, que significa consolador, habiendo tomado á su cargo hacer entrar á sus compatriotas en la ortodoxia romana. Esa empresa fué para él una causa de persecuciones, ante las cuales tuvo que retroceder, pasando á la Morea, que era entonces una de las posesiones de la república de San Márkos, y desde allí pasó á Venecia para fundar en la isla de San Lázaro un convento cuyos religiosos tomaron el nombre de mekitaristas.

Esta primera congregacion armenia, sostenida por el gobierno veneciano, se extendió é hizo nacer una nueva sociedad de eclesiásticos del mismo país, que se reunió en Trieste en 1773.

Esta ciudad tomaba entonces, impulsada por María Teresa, el vuelo que debia hacer mas tarde en ella la rival de Venecia, la que contaba entre los negociantes que se habian establecido allí gran número de venecianos.

Los mekitaristas que salieron del convento de San Lázaro, hallaron naturalmente en sus compatriotas y coreligionarios un poderoso apoyo en la ilustre emperatriz. Esa sucursal del gran monasterio de Venecia yo no existe de cuarenta años á esta parte, pues las guerras del imperio francés turbaron la tranquilidad de los conventos, y los frailes se desterraron. Despues de mil tribulaciones llegaron á reunirse en otro punto del Austria, fundando así una nueva casa que aun existe en Viena.

El verdadero centro armenio y el foco de los conocimientos de Europa puestos al alcance del Oriente, sigue siendo el convento de los mekitaristas de las lagunas de Venecia. Esos religiosos, consagrados á la educacion de los jóvenes discipulos que les envian de varios puntos del Asia, los instruyen, haciendo de ellos buenos eclesiásticos, enviándoles despues á los puntos de donde salieron, para consuelo é instruccion de las familias armenias católicas.

La esfera en que tratan de obrar esos frailes es tan vasta, que hacen salir de su imprenta oriental, para distribuirlos en Asia, muchísimos libros escritos no tan solo en lengua armenia, turca ó árabe, sino en lengua persa, siríaca, hebrea y hasta en la china. Desgraciadamente esos libros se leen poco y hacen pocos adeptos entre los hijos dispersos de la nacion armenia para quienes fueron escritos.

Los ortodoxos, que forman entre ellos el partido nacional, tienen una viva simpatía por la Europa, simpatía que deben conciliar con el culto de la antigua Armenia, cuya lengua y tradiciones conservan religiosamente; así es que los católicos se consideran como la aristocracia de la nacion armenia, y tienen una loable emulacion que les hace caminar hácia los progresos y las luces.

En el medio grosero y estúpidamente fanático en que se hallan los armenios, sobre todo el mayor número, por encontrarse confundidos con el pueblo turco, no es fácil que puedan salir del estado de ignorancia y barbarie primitiva en que los hemos hallado; pero en Constantinopla y la ciudad de Pera, en donde están continuamente en contacto con los europeos, se presentan tales como son naturalmente, es decir, amantes de las artes y de las ciencias europeas.

Esa disposicion y esa actitud para la civilizacion les hace ser buscados hasta por los turcos, quienes les confian varios empleos, por no poder desempeñarlos ellos por su indolencia y su apatía; y así es que los armenios trabajan y dirigen la mayor parte de los establecimientos imperiales, como la Casa de Moneda, el Arsenal y las fundiciones de Constantinopla. Se puede decir que la nacion armenia es el eje de la máquina turca.

El gran señor no es solo el que se halla bien con los armenios empleados en los diferentes ramos del imperio, pues el bajá de Egipto, Mehemet-Ali, tambien supo utilizarlos igualmente.

El virey, con el apoyo de los armenios, ha dado vida á aquel país medio muerto, y no ha titubeado en confiarles la direccion del país. Parece que el pueblo armenio ha estado destinado en todo tiempo para servir de instrumento á la gloria y á la prosperidad de sus vecinos, pues en el siglo XVI vemos un Chah-Abbas, el mas grande de los principes de aquella época, trasportar de las orillas del Arexe al Zenderoud un pueblo entero, estableciéndole bajo las murallas de Ispahan, para que contribuyese, por medio de su inteligencia, su actividad y su industria, al esplendor de uno de los mejores reinados que ha visto la Persia.

Los armenios de Djoulfa han respondido plenamente á las miras del monarca persa, pues haciendo fructificar los tesoros que puso á su disposicion, como instrumentos de trabajo, los devolvieron centuplicados tanto al soberano como á su nueva patria.

(Se continuará.)

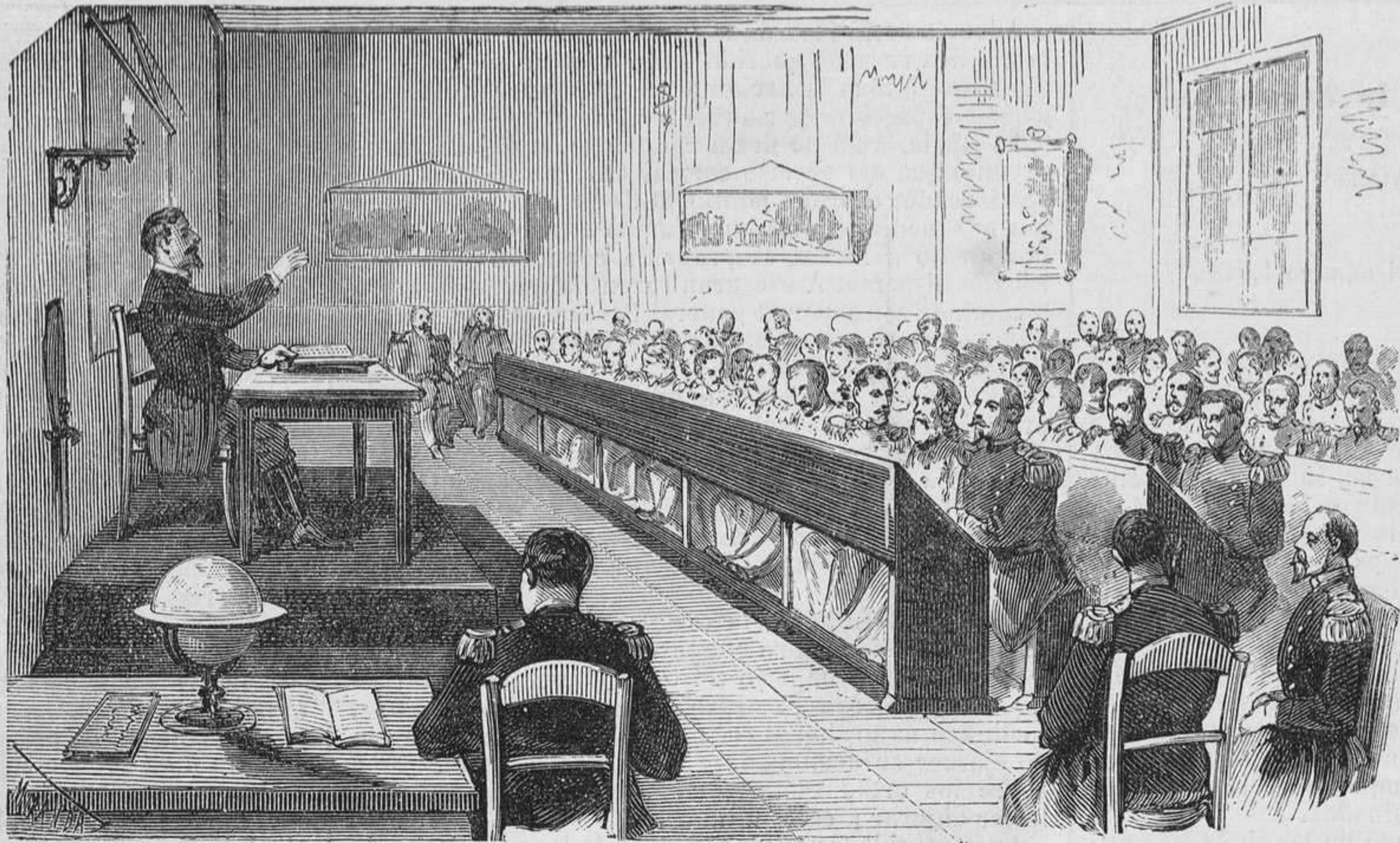
Círculo militar

EN BURDEOS.

En la obra de reorganización del ejército francés, son de elogiar todos los esfuerzos que se hacen para regenerarlo bajo el triple concepto moral, intelectual y físico.

Con este fin se fundan en muchos puntos, capillas, bibliotecas, gimnasios y lugares de reunión.

No hace muchos meses hablamos aquí de la inauguración de la capilla militar de San Mauricio que encierra en su recinto, gimnasio y juegos de todas clases y cuya nave, gracias á una ingeniosa combi-



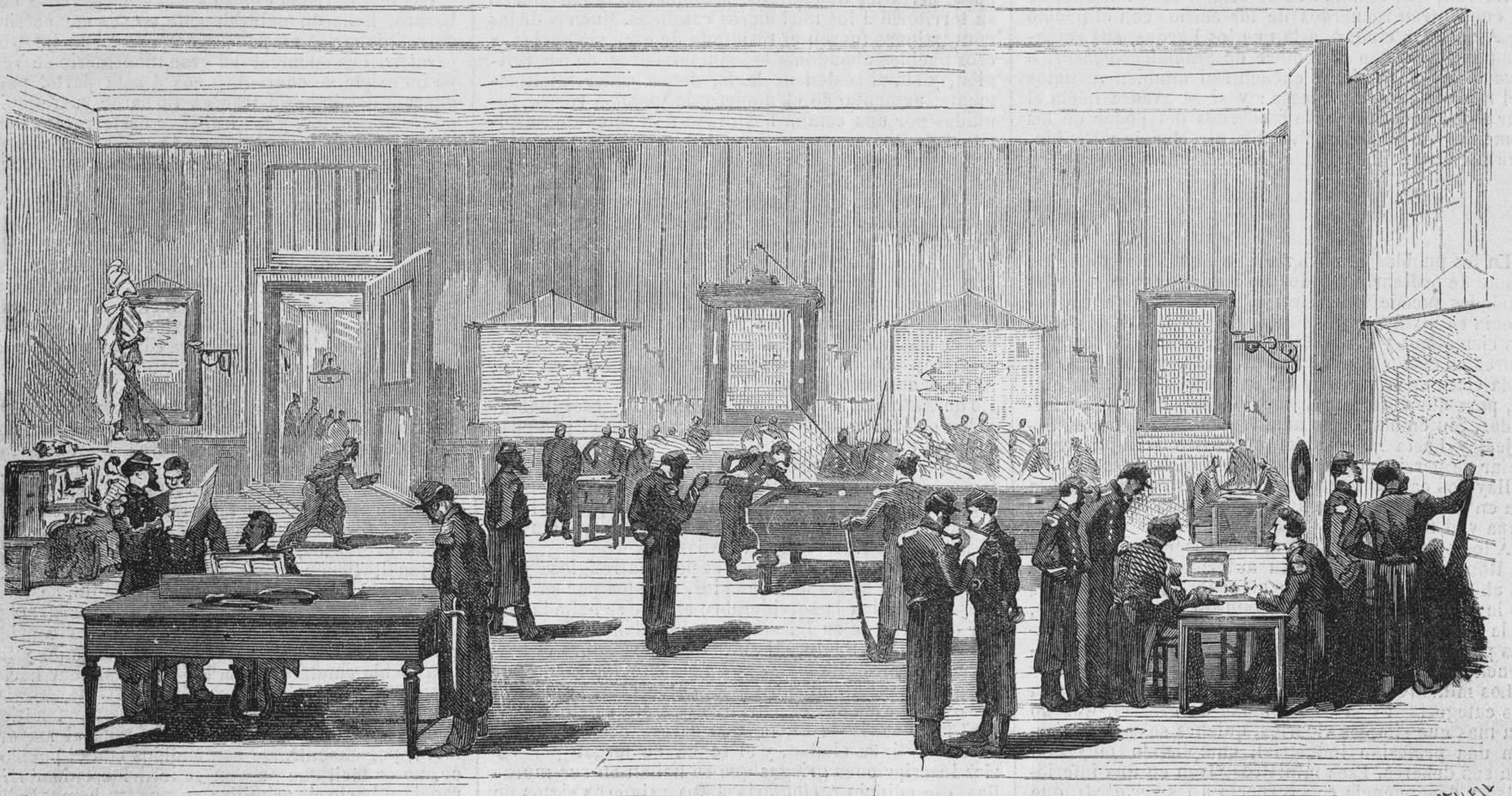
CÍRCULO Ó CASINO MILITAR DE BURDEOS. — Sala de conferencias.

nación de cortinajes puede transformarse, después de los oficios, en escuela, así como también en lugar de reunión y de recreo, cuando el tiempo es malo.

Ahora pues, se anuncia en Burdeos la creación de un círculo ó casino militar, del cual darán idea á nuestros lectores los dibujos que acompañan á estas líneas.

Nada más plausible, repetimos, que estas útiles creaciones, y es de desear que se generalicen lo más posible.

El círculo militar de Burdeos se fundó hace un año en la parroquia de los cuarteles, San Eloy, y en las salas desocupadas de los hermanos de la doctrina cristiana, por un vicario de aquella parroquia, M. Orry.



Sala de juego.

Los militares se reúnen desde las cuatro de la tarde hasta la hora de la lista. Todas las tardes acuden, por término medio, unos cien soldados que reciben allí una variada instrucción, y encuentran al propio tiempo, lejos de los funestos placeres de las tabernas y otros malos lugares, distracciones sanas y honradas.

El círculo se sostiene con suscripciones voluntarias de cinco francos cada una, recogidas á domicilio.

Compónese de tres salas: una biblioteca, una sala de estudio, donde cada noche los profesores civiles harán cursos elementales de geografía, historia, gramática, etc., y finalmente, una sala de juego y de música, donde



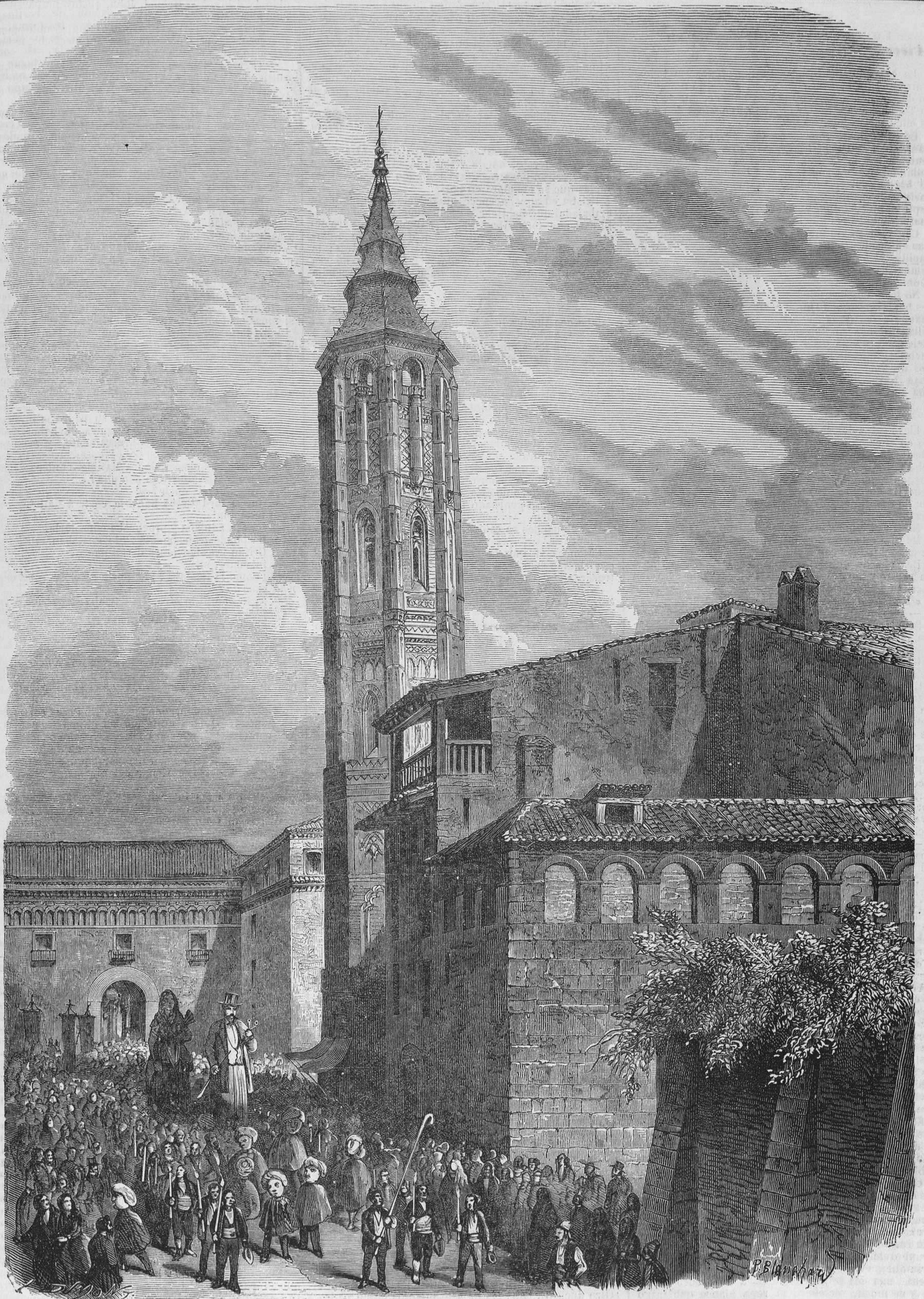
Biblioteca.

han colocado una imagen de San Mauricio, patrono de los militares.

El nuevo círculo de Burdeos ha sido visitado el domingo, 15 de diciembre, por el cardenal arzobispo Donnet, que halló reunidos unos 200 soldados y unos 50 civiles, la mayor parte de estos miembros del comité auxiliar del círculo.

A esta reunión, que no había provocado ningún aviso oficial, asistieron espontáneamente algunos oficiales superiores, entre los cuales se contaba M. Collin, coronel del 123 de línea. La escena era pintoresca, y ha dejado el mejor recuerdo en todos los presentes.

C. P.



LA TORRE NUEVA DE ZARAGOZA.

La Torre Nueva de Zaragoza.

La torre inclinada de Pisa tiene fama en todo el universo. Sin embargo, Zaragoza posee un monumento del mismo género, no menos notable, que se llama la Torre Nueva, á pesar de que su construcción es de la edad media y cuya inclinación es de casi 3 metros. Nuestro dibujante ha animado la vista de este monumento con una de las más célebres procesiones que se hacen en Zaragoza y es la del día del Córpus, en la que figuran los gigantes que llegan á la altura de un segundo piso, vestidos á la moda más exagerada del día y seguidos de los enanos con cabezas enormes, cubiertas con turbantes y un manto diminuto que cuelga de sus hombros.

R. S.

Memorias de un criado.

(Continuación. — Véase el número 1,043).

Llevé estas dos cartas, y tuve la precaución de leerlas en el camino por si había equivocado la dirección. Lord Crabs se encontraba precisamente al lado de miss Griffin, de modo que de un tiro maté dos pájaros, entregando simultáneamente ambas epístolas. La señorita devoró la suya con un juego de ojos imposible de describir, y después la estrechó contra su corazón.

Milord la tomó con más sangre fría.

Me dijo que esperara la respuesta en la antesala, y se puso á hablar con Matilde.

Después de una larga consulta, lord Crabs vino á buscarme y me dió un papel en el que solo se veían escritas estas palabras:

«Mañana al medio día en la embajada.»

— Da eso á mi hijo, añadió, y dile que sea exacto.

Solo tardé en ponerme en camino el tiempo necesario para abrazar las muchachas y beber un traguillo con mis camaradas.

La carta y el mensaje paternal satisficieron á mi amo.

Cinco puntos, como se acostumbra en tales ocasiones, hizo testamento al despedirse de la vida de soltero. En seguida escribió á todos sus acreedores, anunciándoles que les pagaría así que se hubiese casado. Antes de su matrimonio, ya sabían que le era imposible; por tanto, les rogaba políticamente que le dejaran tranquilo un mes ó mes y medio.

Para ser justo, debo confesar que parecía dispuesto á conducirse como un hombre de bien, desde que el serlo no le sujetaría en nada. Hay en el mundo una porción de gentes muy respetables, cuya virtud negativa tiende solo á la ausencia de toda especie de tentación.

— John, me dijo mi amo poniéndome en la mano una docena de luises; toma esa pequeña muestra de mi reconocimiento por haber burlado á los alguaciles. En adelante no llevarás librea; te triplico el salario y te nombro mi ayuda de cámara.

¡Su ayuda de cámara! ¡Como quien dice, su intendente! ¡Ayuda de cámara de doscientos mil francos de renta! ¡Sin tener más ocupación desde la mañana hasta la noche que peinar y afeitarse al señor, leer sus cartas y vestirme con más elegancia que un ministro! ¡Tendré una camisa blanca todos los días y un lacayo para lustrarme las botas!

Yo sé mejor que nadie lo que es un ayuda de cámara de buena casa, y puedo afirmar que, en general, es más feliz, más perezoso y tan elegante como su amo. Tiene casi tanto dinero como él, porque los señores de buen tono se olvidan de sacar el dinero de los bolsillos de su chaleco. Consigue tanto éxito cerca de las damas, come de los mismos manjares, y bebe los mismos vinos, por poca maña que se dé para entablar amistad con el jefe de cocina. Pero ¡ay de mí! olvidemos estos castillos de naipes; estaba escrito que mi sueño no debía realizarse.

El día en que le han de ahorcar á uno y aquel en que ha de casarse llegan mucho más pronto de lo que se desea. La aurora no tardó en iluminar la feliz mañana que debía poner término á las ansias del honorable H. P. Cinco puntos. Pidió hospitalidad á su amigo el capitán Bullseye, y como no se atrevía á enviar por los efectos que dejó en el hotel Mirabeau, temeroso de que los alguaciles le siguiesen la pista, su guardaropa no era de los mejores. Sus preciosos neceseres, sus camisas de batista, sus *toilettes* matinales, su admirable colección de trajes debidos á las tijeras de Stamb ó de Sults, esto brillaba por su ausencia. Interin que pudiese reclamarlos, se contentó con mandarse hacer dos trajes completos á un oscuro sastre de la vecindad, y compró la ropa blanca que juzgó necesaria.

El día de la boda estrenó uno de sus nuevos trajes.

A las once y media salió para examinar si transitaba por los alrededores algún ser sospechoso. Tengo un talento maravilloso para husmear alguaciles; los siento antes que aparezcan por la esquina de la calle. No vi nada que debiese inspirarme el menor recelo. Por último, un modesto vehiculo se paró delante de nuestra puerta, mi amo se instaló en él, y partió para el sitio del suplicio.

No me quise montar en el pescante, porque era conocido, y mi presencia en la parte exterior hubiera dado á conocer la de Cinco puntos en el interior. Entonces me dirigí, atravesando callejuelas, al arrabal de San Honorato, donde vivía S. E. el embajador de Inglaterra, en cuya casa está obligado á casarse todo inglés que se enamora en París.

Existía en aquella época un palacio contiguo á la embajada, que habitaba un rico comerciante de vinos. El carruaje donde iba mi amo se detuvo allí, para dejar paso á otro que se internó en el portal de la embajada, donde se aparearon dos amigas nuestras; la primera parecía algo jorobada, y la segunda no era otra que la fiel Kicksey, que de confidenta ascendía á aya.

Cuando se detuvo el carruaje estaba yo muy cerca de la embajada. Nuestro imbécil de cochero, que no estaba acostumbrado á entrar en las casas hasta la escalera, se bajaba para abrir. Adelanteme entonces para obligarle á subir de nuevo, cuando adelantándose de repente dos hombros se colocaron entre el coche y la embajada, mientras que otros dos, de tan fea catadura como sus camaradas y salidos no sé de dónde, se presentan en la otra portezuela.

— ¡Caballero Cinco puntos, dijo uno de los últimos, daos preso en nombre de la ley!

Mi amo se lanzó á la portezuela como mordido por una víbora. Al hallarse fuera conoció que le habían cortado la retirada. Entonces bajó el cristal de delante, y gritó con una voz desesperada:

— ¡Al galope, cochero, al galope!

Pero el cochero no estaba ya en el pescante, y además se hubiese guardado muy bien de obedecer semejante orden.

Dos alguaciles se colocaron al lado de mi honorable amo.

Entonces vi que habíamos perdido la partida, y escuchando solo á mi conciencia, subí cabizbajo á la trasera del carruaje.

— ¡Calla! dijo uno de los polizontes; este es el pícaro que nos jugó aquella tostada el otro día. Hasta el fin nadie es dichoso.

Tal lo había yo reconocido; pero me encontraba yo demasiado abatido para contestarle de una manera conveniente.

— ¿Dónde vamos? preguntó el cochero.

Una voz siniestra salió del fondo del coche, gritando:

— ¡Calle de Clichy, á la prisión por deudas!

.....

Tal vez debería yo entrar aquí en algunos detalles sobre los usos y costumbres de los moradores de esta célebre prisión; pero vacilo ante semejante tarea, tanto porque otros la han descrito ya, cuanto porque permaneci poco tiempo en aquel edificio, no queriendo malgastar los preciosos años de mi juventud en semejante mansion.

Fácilmente se supone que la primera comisión que me encargó mi amo fué llevar algunos consuelos á su desolada futura que se encontraba en el estado que el lector puede imaginarse. Había esperado en la embajada hasta las dos y media, confiando en que su prometido esposo llegaría de un momento á otro, hasta que cansada de esperar se volvió á su casa.

Cinco puntos confesó la desgracia que acababa de sucederle, no pudiendo ocultarla por más tiempo su prisión. Inventó una mentira en la que jugaría indudablemente el primer papel un falso amigo ó una calumnia. Ella se lo creía todo.

Lady Griffin recibía en una sala y Matilde en otra. No comían juntas, conociendo que esta era la única manera de vivir en paz. Pero lord Crabs visitaba á las dos, llenando con su gracia y bondad habituales un papel de conciliador tanto más ingrato, cuanto que se hallaba lejos de obtener el desenlace anhelado.

Milord entró en el cuarto de miss Griffin, en un momento que esta lloraba amargamente, oyéndome relatar los infortunios de Cinco puntos.

Me preguntaba si le habían encerrado en un calabozo oscuro, infecto y húmedo, con un lecho de paja; si no se hallaba expuesto á la brutalidad de un calabocero bárbaro, armado con un manojo de llaves y con la cabeza cubierta de un gorro de pieles; si no le daban de comer más que pan negro; si no le devorarían las ratas, y otras mil preguntas no menos ridículas.

Las prisiones que salen á luz en todas las novelas, dicen que están montadas bajo este pie; no se figuraba que en esta clase de establecimientos se pudiese recibir á los amigos, beber champagne y jugar á las cartas con sus compañeros de cautividad.

— ¡Milord, milord! gritó ella; ¿habeis oído la fatal nueva?

— ¡Mi querida Matilde, vuestra turbación me horroriza!... ¿De qué se trata?... ¡Hablad, en nombre del cielo!... ¿Podría?... ¡Oh!... Si... No... ¡Es imposible! ¡Otro duelo!... ¡Ah! los presentimientos de un padre nunca salen fallidos; ¿qué nueva desgracia ha suce-

dido á mi hijo? ... Hablad, John, ¡estoy preparado á todo!

Milord, respondí; el mal no es tan grande como aparentais creerle. Vuestro hijo está en Clichy, le han detenido esta mañana; hé aquí todo.

— ¡Preso! ¡Percy preso! ¡Pobrecillo! ¿Y por qué cantidad? Decídmela, que en seguida voy á libertarle.

— Una bagatela... cerca de un ciento de miles de francos.

— ¡Cien mil francos! ¡Maldición! exclamó lord Crabs juntando las manos y levantando los ojos al cielo. ¡En este momento no puedo disponer ni de la décima parte de esa suma!... ¿Cómo le sacaremos del apuro?

— ¡Ah! milord, no tengo más que tres guineas. Sabeis que lady Griffin...

— Sí, sí, hija mía, lo sé todo, interrumpió el conde; pero no os desesperéis. Percy puede pagar esa miseria, y si verdaderamente os ama, no vacilará en darla y salir de la prisión, para desposarse con vos.

Creyendo que hacia alusión al dinero de Dakins, al que apenas habíamos tocado, no hice ninguna observación. Lo que sí me chocaba es que miss Griffin, dueña de tan grande fortuna, no tuviese á su disposición más que tres guineas. En aquella época, era tan novicio, que me figuraba que ciertas gentes tenían siempre cien mil francos en el bolsillo.

Volvi llevando al prisionero una carta llena de ternura y de lealtad. Le conté todo lo que había pasado.

Me pareció que no le habían conmovido mucho las intenciones generosas de lord Crabs. No se me olvidó decirle la extrañeza que me había causado que Matilde no tuviese más que tres guineas.

— ¡Basta! dijo mi amo interrumpiéndome.

Las palabras y la conducta de su padre le preocupaban extraordinariamente. Después de haber dado algunos paseos, se detuvo bruscamente, y me preguntó:

— John, ¿has observado?... Matilde... quiero decir, ¿mi padre estaba muy fino con ella?

— ¿Qué queréis decir?

— Que si lord Crabs hacia la corte á Matilde, repuso Cinco puntos.

— Si... la adulaba y procuraba consolarla.

— Responde francamente: ¿le gustaban mucho á miss Griffin las atenciones de mi padre?

— Sí, señor, sí.

— ¿Cómo la llamaba? ¿La decia señorita, ó mi querida señorita?

— Ni lo uno ni lo otro. La llamaba su querida hija, su pequeña, su Matilde.

— ¿La ha cogido la mano?

— Sí, y aun...

— ¡Qué, acaba!...

— La ha abrazado, diciéndola que no se desconsolase por lo que había pasado. Ha repetido que teniais con qué pagar las deudas, y que si continuabais en la prisión, sería por no casaros.

— ¡Ahora lo comprendo todo! gritó Percy cerrando los puños... ¡Quiere quitarme mi última esperanza! Acaso querrá casarse con ella.

Después de haber soltado una docena de juramentos que no me atrevo á estampar aquí, se calmó un poco y se puso á reflexionar detenidamente sobre su situación.

En cuanto á las intenciones de lord Crabs, era yo del mismo parecer que el prisionero. Desde el instante que vi al viejo entablar relaciones tan íntimas y continuadas con la hija del general, sospeché que alimentaba algún proyecto matrimonial. Además, me hubieran bastado para sospecharlo las confianzas de mis camaradas, si hubiese sido bastante miope para no apercibirme de ello.

Cinco puntos era bastante inteligente para no conocer que de no casarse cuanto antes, corría gran riesgo de verse reemplazado. Todo se lo explicaba perfectamente; su padre quería separarle para seguir sus huellas.

La compra de las letras de cambio, la visita de Grippart, la cita en la embajada, la súbita presentación de los alguaciles, todo era obra de lord Crabs. Tal vez el duelo con Orge... Pero no, un padre no puede descargar sobre su hijo tales golpes. Una mujer, solo una mujer débil puede pensar semejante asesinato; como no la es permitido atacar de frente á sus enemigos, no se pueden reprochar las armas desleales de que aprende á servirse desde su infancia.

De todos modos, era indudable que el viejo Crabs trataba de jugarnos otra mala pasada. Gracias á mi admirable serenidad, Cinco puntos se libertó del primer lazo; pero cayó en el segundo. Ahora bien; su padre no era tan infame, que hiciese un daño solo por el gusto de cometer una mala acción. Milord había llegado á ese grado de perfección en que se desprecian soberanamente todas las injurias, y no se piensa más que en vengarse, cuando la venganza reporta alguna ventaja. Ergo, si quería impedir el matrimonio de su hijo con la rica heredera, es porque deseaba él casarse con ella.

Mi amo no necesitó comunicarme los razonamientos en que apoyaba esta conclusión, porque le conocía lo suficiente para leer en sus ojos las ideas que le embargaban. Conoció desde luego que nunca había sentido tanto como aquel día no negociar el préstamo solicitado por el autor de sus días.

¡Pobre diablo! creía haber acertado, se figuraba que su padre dejaba ver así las cartas en el juego. ¡Yo también lo creí! pero los dos nos engañamos, como se verá después.

Razonando como lo hacíamos, la lógica ordenaba que nos casásemos lo mas pronto posible, cueste lo que cueste, con la encantadora Matilde. Digo *cueste lo que cueste*, porque para salir de la prision era menester pagar nuestras deudas, y una vez pagadas, nos quedábamos casi á la luna de Valencia.

Pero ¿qué importa esto á un jugador de profesion, cuando se trata de podrirse los huesos en un encierro ó ganar una renta de doscientos cincuenta mil francos? Viendo que no habia otro partido que tomar, Cinppoints se decidió á arriesgarlo todo, y escribió á miss Griffin esta carta :

« Mi querida Matilde :

» Vuestra carta ha sido un consuelo de inestimable valor para el pobre prisionero, que pensó que esta noche seria la mas venturosa de su existencia, y que se ve condenado á pasarla en un calabozo. Ya sabeis que soy victima de una infame traicion. Perder un puñado de dinero nada vale, pero engañado por un amigo, ¡es cruel! Pero despues de todo, ¿qué importan algunos escudos, qué me importa la amistad vendida, si me queda vuestro amor? Como decis bien, seremos bastante ricos á pesar de este contratiempo. ¿Y qué significan mil libras al lado de vuestra ausencia? Seria un monstruo, si vacilase en consumir tan pequeño sacrificio para acercarme á la que me ha dado su corazon, porque no he perdido, ¿es verdad? ese corazon tan precioso cuya posesion me enorgullece mas que todas las riquezas del mundo. Me conceptúo muy feliz al poder daros esa débil prueba de desinterés y de amor. Decidme que aceptais ese sacrificio, y mañana caerán estas odiosas cadenas que me detienen lejos de vos; mañana seré libre, ó al menos no llevaré mas lazos que los que me encadenarán á vos eternamente. Mi adorada Matilde, esposa mia, escribeme antes que la noche nos envuelva en sus nieblas, porque no podré gozar ni un instante de reposo antes de haber recibido tu respuesta, que aguardo impaciente.

» H. P. C. »

Cinppoints me confió esta carta despues de haber dado la última mano de barniz, diciéndome que se la entregase en propia mano.

Cuando llegué á su casa, la encontré sola en su habitacion. Me hice anunciar, y la entregué la carta de su adorador. La recorrió una y dos veces con una viva emocion.

No he contado sus lágrimas ni sus suspiros; pero habia bastantes para llenar el vientre de una ballena.

— ¡Oh! John, ¡qué desgraciado es! me dijo despues de haber leído la epístola, cogiéndome una mano.

— ¡Oh! ¡mucho! respondí yo; todo lo desgraciado posible.

Matilde se sentó delante de un lindísimo *bureau*, y puso en un papel perfumado las siguientes lineas :

« ¡Que cese el triste gemido de mi pobre ruiñeñor! Aceptó su sacrificio. Puede desplegar las alas, romper los alambres de su jaula, ganar de nuevo su vida, y cantar en los brazos de su fiel compañera. Mi amadísimo Percy me hallará mañana en el mismo sitio y á la misma hora. ¡Solo la muerte podrá desunirnos!

» M. G. »

Este estilo es el resultado inevitable de la continúa lectura de novelas. ¡Cuánto mas agradable es la nativa originalidad del mio! Sigo las inspiraciones de mi corazon, digo sencillamente lo que pienso ó lo que he visto, y logro interesar sin frases ampulosas. Aborrezco todo lo artificial. Pero volvamos á nuestro redil, es decir, al venerable pastor lord Crabs, y á Matilde, su sumisa ovejuela.

Acababa de cerrar su carta, y cumpliendo las órdenes de mi amo, me preparaba para decirle :

— Señorita, el honorable Percy Cinppoints os ruega que no habléis á nadie de la ceremonia que debe tener lugar mañana, cuando se presentó el astuto par de Inglaterra. Miss Griffin se apresuró á abrazarle, mientras que yo me retiraba discretamente á un rincón del cuarto.

— Leed, mi querido lord, leed y no dudeis nunca de los nobles sentimientos que animan á vuestro... no, á nuestro Percy, debo decir.

Lord Crabs tomó la carta, la leyó (me parece que su lectura le divirtió mucho) y se la devolvió diciendo :

— Efectivamente, mi hijo os da una gran prueba de cariño, y si os empeñais en casaros sin el consentimiento de vuestra madrastra y sufrir las consecuencias del paso, nadie puede impedirlo.

— ¡Las consecuencias! Callaos, milord. ¿Qué importa á dos corazones como los nuestros un puñado mas ó menos de dinero?

— El amor es una cosa muy bonita, querida niña; pero es un valor que no se cotiza en la Bolsa... El tres por ciento vale mas.

— ¿No tendremos una fortuna considerable sin recurrir á lady Griffin?

Milord se encogió de hombros, añadiendo :

— Sea, hija mia; puesto que os contentais con tan poco, no tengo, por mi parte, ningun motivo para oponerme á la union de dos seres tan desinteresados.

Así concluyó esta entrevista. Miss Griffin se retiró

levantando las manos y los ojos hácia el techo, es decir, hácia el cielo. Apenas habia desaparecido, cuando milord se puso á pasear, con las manos en los bolsillos, la fisonomia animada, con una expresion diabólica, y cantando con un aire conocido estas incoherentes palabras :

El buen Malbrouck se ha muerto,
¡Traderi! ¡derá! ¡Traderi, deri, derá!

Como podeis imaginaros, yo estaba aturdido. ¿No queria lord Crabs casarse con Matilde? ¿Dejaba á su hijo aquella interesante jorobada? ¿No tenia, pues, la for?...

Me entregaba á estas meditaciones, estirado, inmóvil, con la boca abierta y los ojos espantados, y milord sostenia su último *deri derá*, cuando un tropezon inesperado interrumpió nuestras meditaciones. Lord Crabs vino á chocar conmigo en el ardor de su triunfal paseo, tirándome contra la chimenea, y reculando él en direccion opuesta impelido por el golpe.

Necesitamos algunos minutos para devolver el equilibrio á nuestras ideas y á nuestras personas.

— ¡Cómo! ¿estabas ahí, animal? gritó milord.

— Sí, señor; hace ya media hora.

Comprendió en seguida que nada se escapaba á mi vista de lince, que conocia perfectamente el motivo de su extraña hilaridad, y despues de silbar un trozo de no se qué ópera (este era el modo que tenia siempre de expresar su emocion), dió dos ó tres vueltas mas, y despues se detuvo delante de mí.

— John, me dijo, es preciso que se casen mañana.

— ¿De veras, milord? Pues yo creo que ese matrimonio no es de los indispensables.

— Razonemos un poco, muchacho... Si el matrimonio no se verifica ¿qué ganas tú?

Esta pregunta me dió que pensar; con efecto, si el matrimonio no se efectuaba, perdía mi puesto.

Cinppoints no tenia mas que lo estrictamente necesario para pagar sus deudas, y no entraba en mis cálculos servir ni á un prisionero, ni á un mendigo.

— Bueno, veo que mi primer argumento te ha llamado la atencion. Ahora, aquí tienes otro mas fácil de resolver, continuó lord Crabs sacando de su bolsillo un billete de veinte libras esterlinas, cuya brillante blancura era muy á propósito para fascinarle. Si mañana unen los lazos del himenco á mi hijo y á miss Griffin, este dinero es tuyo; además, entras á mi servicio y te doblo.

No habia medio de resistir á razonamientos tan convincentes.

— Milord, exclamé poniendo la mano derecha sobre el corazon, dadme garantías y contad conmigo.

El viejo conde se dignó sonreirse y darme unos golpecitos cariñosos en la espalda.

— Muy bien, muy bien, muchacho, esto promete. Harás buena carrera.

Y volviendo á colocar el primer billete en su cartera, sacó otro de diez libras.

— Hé aquí, continuó, la mejor garantía; la mitad antes, el resto despues de la boda.

Mi mano tembló convulsivamente al tocar aquel pedazo de papel, que representaba una cantidad mayor que todo cuanto hasta entonces habia poseido; le repasé bien con la vista. Era un pagaré de diez libras sobre el Banco de Inglaterra, á la orden de lady Leonor Emilia Griffin, endosado por ella.

Esta firma fué una revelacion para mí, y creo, querido lector, que te habrá sucedido lo mismo.

— Acuérdate, añadió lord Crabs, que desde hoy estás á mi servicio.

— Milord me favorece mucho con sus bondades, pero nunca seré ingrato.

— ¡Mala peste para ti!... ¡Cumplid con vuestros deberes, es decir, callaros, ó sabreis quién soy yo!

Así es como dejé al honorable Percy Cinppoints para entrar al servicio del muy honorable conde de Crabs.

Regresé á la prision de la calle de Clichy. Pensando en las bribonadas de mi amo, en sus deudas, en sus criminales prodigalidades, en su odioso egoismo, no experimenté hácia él mas que un profundo desprecio. ¿Qué corazon bueno y generoso podia sentir piedad para un villano caballero de industria, que, no contento con quitar los medios de existencia al desgraciado Dakins, habia robado indignamente al pobre Ricardo Blewitt, y que no se avergonzaba de casarse con una criatura tan deforme como miss Griffin? Guiado por mi noble indignacion, resolví no decirle nada de cuanto habia hablado con lord Crabs, á quien miraba ya como amo mio.

Le entregué respetuosamente la carta-tricornio de miss Griffin; la leyó con una satisfaccion que aumentaba mi disgusto, y volviéndose despues hácia mí, me preguntó :

— ¿Te ha visto alguien entregar mi carta?

— Ni una mosca, respondí.

— ¿Estás seguro que mi padre no estaba allí, cuando te dieron la respuesta?

— No estaba; os doy mi palabra de honor.

Por nada en el mundo mentiria yo, pero el lector sabe que lord Crabs no entró en el cuarto de Matilde, hasta despues de darme esta el tricornio en cuestion.

— Bueno, bueno, repitió Cinppoints. Cepilladme el sombrero y traedme despues un coche.

Ejecuté la comision con mi habitual prontitud. A mi vuelta encontré á mi amo en las oficinas de la cárcel donde el empleado de guardia consultaba el libro grande de registro.

— Sí, milord, decia el funcionario; la deuda asciende á noventa y ocho mil setecientos francos, y añadidos los gastos de persecucion, arresto y los intereses, componen un total de cien mil francos, menos trece.

Cinppoints sacó con aire majestuoso un paquete de billetes de banco.

— Estos son valores extranjeros, pero creo que los conocereis.

El empleado se dirigió al viejo Salomon, cambiante judío, que se encontraba allí por tener dos ó tres clientes en Clichy.

— Los billetes ser buenos, dijo el inteligente; yo cambiarlas, si quereis, con su prima de mil doscientos francos.

— Con esto basta; los acepto por esta suma, milord; voy á daros la diferencia y extenderé vuestra salida.

Dicho y hecho; las puertas de la prision se abrieron para darnos salida. Cinppoints pudo respirar el aire gratisimo de la libertad.

Era libre. Ya podia casarse. Tenia, empero, un aire triste y meditabundo. Habia dado cuanto poseia para salir del encierro, y solo le quedaban doscientos francos para continuar su comercio.

¡Bah! el que no se arriesga no pasa la mar, dice la sabiduria de las naciones. El honorable Percy Cinppoints acabó por opinar como el proverbio optimista. Empezó por volverse al hotel Mirabeau, donde alquiló una habitacion mas grandiosa que la que habia ocupado anteriormente.

Yo no tardé mucho en contar á Toneta y á las demás gentes de la casa la conducta de mi amo, el noble desinterés con que habia preferido dar cien mil francos, á pasar un dia mas ausente de su amada. Mis alabanzas produjeron tal efecto y nos valieron tan grande reputacion, que la hospedera nos hizo pagar el doble de lo que hubiera pedido una hora antes.

Despues de alquilar el cuarto, Cinppoints mandó traer una berlina con cuatro caballos para las doce del dia siguiente. Concluidos estos preliminares, se fué al famoso *Rocher de Caucale*, que estaba á la sazón muy en boga, donde comió con excelente apetito.

Yo hubiera creído faltar á mis deberes, si no celebraba tambien la salida de mi amo. Vací tantas veces mi vaso, que cuando llevé á la plaza Vendome una carta en que Cinppoints anunciaba que no faltaria á la cita, miss Griffin notó cierta incoherencia en mi lenguaje.

— Este bueno de John, dijo, se toma tanto interés por todas nuestras cosas, que las emociones de este dia le han alterado... Toma un luis para beber á la salud de tu nueva ama.

Me embolsé el luis; pero hubiera preferido que no me le ofreciese.

XI.

LA BODA.

A las doce del dia siguiente una berlina con cuatro caballos se paraba á la puerta de la embajada inglesa.

Miss Griffin y la fiel Kicksey no se hicieron esperar.

¿Quién no ha asistido á una boda? No referiré, por tanto, uno á uno todos los accidentes de esta ceremonia. Me contentaré con decir que el capellan de la embajada unió á los esposos; que miss Griffin, (siguiendo la costumbre establecida para tales casos) lloró y se indispuso algo; que su joven esposo la condujo cariñoso hasta la berlina, y que partieron inmediatamente para Fointainebleau, donde la feliz pareja debia pasar la primera semana de la luna de miel. Habian decidido no llevar á nadie, por cuya razon así que cerré la portezuela, me despedí del honorable Percy Cinppoints, y me dirigí á casa de su excelente padre.

— Y bien, ¿el negocio es cosa terminada? me preguntó.

— Sí, milord; he presenciado la ceremonia, y acabo de verle partir para Fointainebleau.

— Antes del matrimonio ¿dariais á miss Griffin el papel que os entregué?

— Se le entregué en presencia de Brown, criado de lord Bobtail, que podrá certificar el hecho.

Me he olvidado de decirnos que milord me habia entregado un papel que debia poner en manos de la novia antes de la ceremonia, y sin que lo viese el novio. Este documento, borroneado por milady, se hallaba concebido en estos términos :

« Usando del derecho que me concede el testamento » de mi marido, me opongo formalmente al matrimonio de miss Matilde Griffin con el honorable Hector Percy Cinppoints. Si, á pesar de mi negativa expresada y frecuentemente repetida, miss Griffin persiste en esta union, deberá sufrir las consecuencias de su accion.

» Leonor Emilia Griffin.

» Plaza Vendome 48... »



BELLAS ARTES. — Grupo del pabellon de Flora, esculpido por M. Carpeaux.

Yo entregué estas breves líneas á miss Matilde en el momento que entraba en el patio de la embajada, algunos minutos antes de la llegada de mi amo.

— ¿Qué nos importan las amenazas de lady? dijo con tono despreciativo, despues de haberlas leído.

Despues, rompiendo en dos su papel, continuó su camino apoyada en el brazo de Kicksey. Por evitar nuevos accidentes recogí los pedazos, que mas tarde entregué á milord. Esta era una precaucion inútil, porque él habia guardado una copia de esta declaracion, leída, como el original, en presencia de dos testigos, yo y el abogado de lady Griffin.

— ¡Bueno! repitió milord sacando de la cartera otro billete. Aquí tienes lo que te he prometido. Desde hoy entras al servicio de lady Griffin en reemplazo de Fitzclarence. Vete á casa de Frojé, y que te haga una librea.

— Pero yo debia entrar á vuestro servicio, y no al de...

— Es igual, interrumpió el digno viejo volviéndome la espalda.

Fuime á casa de Frojé, y no debo ocultaros que este ilustre sastre, hombre de gusto si los hay, me cumplimentó por mi figura distinguida. En su casa hallé á nuestro cochero y á mi colega Mortimer, que se estaban probando una librea nueva, parecida á la que llevaba en casa de Cinpoints, sino que en los botones se veía una corona condal.

Ahora, lector perspicaz, no te costará mucho trabajo explicarte la conducta del muy honorable conde de Crabs.

Me apresuré á comprar camisas, pañuelos, agua de Colonia y otra multitud de cosas indispensables para un hombre de mi condicion. Habiendo cumplido este deber conmigo mismo, juzgué conveniente prevenir á mi antiguo amo, que no contase ya con mis servicios. Le escribí, pues, muy politicamente en este sentido, suplicándole de paso que me enviase unas camisas que la lavandera llevaria para mí.

XII.

LA LUNA DE MIEL.

Como todas las cosas de este mundo, pasó por fin la semana que la amante pareja debia pasar en Fontainebleau. Mi ex-amo debió figurarse, sin duda, que seria eterna.

Esto no es mas que una hipótesis mia, á pesar de que tengo algunas probabilidades en mi favor. Sea lo que fuere, así que pasaron los ocho dias indicados, nuestras dos palomas volvieron á Paris á tomar posesion del nido que tenian preparado en el hotel Mirabeau.

La primera cosa que vieron á su llegada, fué dos tarjetas y un periódico colocados de intento sobre la mesa del salon.

En una de las primeras estaba escrito con grandes letras góticas :

El conde de Crabs.

Y en la otra, con caracteres mas pequeños :

La condesa de Crabs.

El periódico contenia este párrafo :

« MATRIMONIO DE LA ALTA SOCIEDAD. — Ayer se ha celebrado, en la embajada de Inglaterra, el matrimonio del muy honorable John Plantagenet, conde de Crabs, y de lady Leonor Emilia Griffin, viuda del lugar-teniente general sir Jorge Griffin. Despues de un suntuoso almuerzo dado por Su Excelencia lord Bobtail á lo mas selecto de la diplomacia y de la sociedad parisiense, los felices esposos partieron para Saint-Cloud, donde pasarán algunas semanas. »

Estos diversos documentos, así como mi humilde persona, llamaron inmediatamente la atencion del señor y de la señora de Cinpoints. Como no me ha-

llaba presente, no puedo repetir sus palabras, pero me figuro los gestos y las miradas que cambiarian. El viaje que acababan de hacer no debió fatigarles mucho, porque á la media hora de su llegada engancharon otros caballos al cuarraje, que se dirigió á todo escape á Saint-Cloud. Necesitaban revolvemos en nuestro pacífico retiro, y amargar las alegrías de nuestra luna de miel.

Lord Crabs fumaba, segun su costumbre, al lado de una ventana abierta, envuelto en una rica bata y sumergido en un mullido sillón. Milady se ocupaba, al otro lado de la sala, en bordar un par de zapatillas, un tirador de campanilla ó cualquiera otra chuchería por el estilo.

(Se continuará).

Bellas Artes.

GRUPO DEL PABELLON DE FLORA, ESCULPIDO POR M. CARPEAUX.

La hermosa escultura que representa este grabado, demuestra que cuando se trató del ornato del palacio de Tullerias, lo mismo la parte artistica que la arquitectónica fué confiada á hombres eminentes.

Esta obra de escultura forma parte de los ornatos del pabellon de Flora, que da frente al Sena. Es la diosa Flora rodeada de amores. El grupo se debe al cincel de M. Carpeaux, que se hizo tan ruidosa fama con las bailarinas de la fachada de la Nueva Opera.

La postura de la diosa hace valer las formas armoniosas de sus formas divinas. Este grupo se destaca en el fronton del edificio como una obra magistral, y debemos celebrar que se haya librado de los incendios de la Commune.